

MUSEO DEL ESPACIO

JOHNNY GARLAND

Colección Espacio

Museo del espacio

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Núm. de Registro: 6.782 - 1961

Depósito Legal: B-3.597 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA



Capítulo primero
UN CASO INSÓLITO



L hombre se detuvo ante la vidriera de la oficina.

Sobre el cristal esmerilado había letras doradas, vulgares. Un rótulo también vulgar:

«Daniel Kent. Investigaciones privadas».

Había muchos rótulos así en San Francisco. Y muchas agencias similares, de detectives particulares, al servicio de matrimonios mal avenidos, hombres de negocios y gente desconfiada.

Y por cierto que era notable la cantidad de gente desconfiada que había en el mundo. Y de matrimonios mal avenidos. En lo referente a hombres de negocios, el índice bajaba sensiblemente.

El visitante empujó la vidriera. Sonó una campanilla cascada, en

la oficina, no demasiado lujosa, no demasiado limpia, y no demasiado luminosa, a pesar de que San Francisco tenga fama de ciudad soleada y todo eso.

La primera impresión era deplorable. Después, esa impresión se acrecentaba. Pero nada parecía preocupar al hombre. Por lo menos, siguió adelante, con andares firmes, pausados, haciendo sonar su bastón rítmicamente casi, con un golpeteo sobre el suelo polvoriento, descuidado.

Había antesala y oficina privada al fondo, con otro nuevo rótulo sobre cristal escarchado, que repetía el nombre del titular: «Daniel Kent. Privado».

Lo que no había allí era secretaria. Ni empleado alguno. Posiblemente tampoco hubiera detective, pero el visitante corrió el riesgo de encontrarse con un despacho desierto.

Golpeó con su bastón sobre una mesa que alguna vez debió sostener una máquina de escribir. Ahora no tenía más que polvo y un viejo ejemplar de un periódico, doblado por su página deportiva. El visitante lo miró con curiosidad. Tenía marcados con cruces rojas, a lápiz, los nombres de ciertos caballos de una carrera.

El hombre frunció el ceño y recordó algo. Luego, meneó la cabeza, con pesimismo, de un lado a otro.

El pronosticador no había acertado ni uno solo. Lo recordaba bien.

A pesar de ese nuevo jarro de agua fría sobre la relativa esperanza de que un detective así averigüe algo, el visitante continuó repiqueteando con su bastón.

Dentro del despacho sonó un golpe. Luego, un arrastrar de pies. Y una voz abrupta:

—¡Pase, pase!

El hombre avanzó. Empujó la puerta con la empuñadura de plata de su negro bastón. Entró en la oficina privada, con paso apacible, casi perezoso. Se quedó mirando larga, fijamente, al hombre que con un cajón repleto de papeles en sus manos, se dedicaba a hacer algo así como quemar papeles. En realidad estaba quemándolos, sí. Un humo acre salía de una vieja estufa milagrosamente encendida, en un rincón de la estancia.

—¡Hola! —saludó el hombre del cajón de papeles, sin volverse —. Siéntese, amigo.

Se dedicó a abrir la puertecilla de la estufa y tirar dentro la masa de papeles. Una alegre llamarada brotó. Apresuróse a cerrar la puerta, de un empujón, sacudiéndose las manos.

—Bueno —comentó, como si hablara consigo mismo,

despreocupado de su visitante por completo—. Ya está esto...

Se volvió al visitante, con aire jovial. No se había sentado. Le contemplaba erguido, solemne, con cara de búho, y él negro bastón apoyado en el pavimento.

—Si viene a cobrar sus facturas vale más que pierda el tiempo en otra cosa —farfulló el ocupante del despacho—. En ir al juzgado, por ejemplo, a presentar demanda legal.

—¿Demanda legal? —el recién llegado enarcó sus cejas, sin añadir más.

—Infiernos, sí. Demanda legal. Contra un tipo llamado Daniel Kent.

—¿Por qué habría de hacerlo?

El muchacho explicó:

—Por no pagar las deudas. ¿O es que esperaba que lo hiciese? ¿No es usted de la firma «Hancox and Hancox, Incorporated»?

—No —negó el hombre.

—¿No trae la loca pretensión de que un tal Daniel Kent le pague una factura por valor de dos mil setecientos cincuenta dólares?

—No.

—Bueno —se encogió de hombros el joven de rubios cabellos y ojos grises, penetrantes, con aire de no entender lo que ocurría—. Entonces, ¿quién diablos es usted?

—Me llamo Nublo Hazard. ¿Y usted?

Nublo Hazard era un nombre raro. Muy raro. El rubio de ojos grises frunció el ceño. Cada cual podía llamarse como le diera la gana, pero nunca oyó que nadie se llamara así. Estudió a su visitante con aire receloso. Luego, se creyó obligado a aclarar:

—Yo soy Daniel Kent. A su servicio... hasta ayer a las doce de la noche.

El que dijera llamarse algo tan extraño como Nublo Hazard, le miró de hito en hito. No parecía capaz de expresar nada con aquella cara rígida y sombría. Pero dio la impresión de extrañarse por su explicación.

—¿Hasta ayer a las doce de la noche? —repitió—. ¿Y por qué, señor Kent?

—Porque me han echado —hizo un gesto que abarcó la habitación. En realidad, parecía querer abarcar mucho más—. No, he pagado la oficina. Ni los muebles, comprados a plazos. Ni los impuestos. Ni nada. Ni siquiera pagué al restaurante de abajo, donde comía, o de donde me subían los almuerzos. Ni al portero, ni la cuenta de la luz, ni la del agua. Nada, amigo. Lo debo todo... y, lo que es peor, no pienso pagarlo.

—¿Por qué? —se interesó el visitante, Impertérrito.

—Por la más vieja, más sencilla y más lógica de las razones: porque no tengo dinero —suspiró Daniel Kent, y tiró hacia fuera del forro de sus bolsillos, en un gesto teatral, melodramático, pero bastante expresivo—. ¿Lo entiende ahora, amigo?

—Sí, creo que sí —confesó Nublo Hazard, como si le arrancaran las palabras con sacacorchos—. No tiene dinero. Y se va hoy, ¿no es eso?

—¿Cómo hoy? ¡Ahora mismo! Tengo solamente dos horas para desalojar todo. O mis acreedores vendrán a meterme en la cárcel. Por eso he de correr. Siento no poderle atender mejor, amigo, pero hágase cargo…

—Sí, sí, me hago cargo —se sentó ceremoniosa y apaciblemente, en un apolillado sillón, que despidió vaharadas de polvo—. ¿Cuánto debe, señor Kent?

A Daniel Kent se le ocurrió replicar, diciéndole a aquel tipo qué podía importarle la cuestión. Pero lo pensó mejor, se frotó la barbilla, en un esfuerzo postrero por ser complaciente, y no echar el último visitante de su oficina a puñetazo limpio, y masculló:

—Creo que perdí la cuenta. Debe ser algo así como siete mil. Quizá sean solo seis. O acaso llegue a ocho mil, no sé.

—No es mucho —manifestó suavemente el hombre.

—Para mí es suficiente —rezongó Kent, agriamente—. Esas deudas me dan el golpe de gracia, amigo. Daniel Kent, investigador privado, se retira por el foro. Quizá vuelva a mí antigua profesión. Fui actor teatral, ¿sabe, señor Hazard? Es posible que aún me contraten. No era de los peores, aunque jamás soñé con llegar a Broadway…

—¿No van a procesarle por sus deudas?

—¿Y para qué? —se encogió de hombros, risueñamente—. No sacarían nada. Saben que eso solo trae líos judiciales y todo ello, y se quedan sin cobrar igualmente. El que es listo, procura librarse de los picapleitos y toda esa fauna, amigo. No, no me procesarán. Yo no pago por mala fe. Simplemente, no pago porque estoy arruinado. Seguiré arruinado en la cárcel. Y seguirán sin cobrar.

—¿Por qué se arruinó? ¿Es un detective malo… o se administró mal?

Otra vez le bailó la respuesta agresiva en los labios. Pero Daniel Kent era un chico amable a veces. Esta era una de esas veces. El visitante tenía suerte al respecto. Le replicó, casi hoscamente:

—Quizá un poco de cada cosa. No tuve muchos casos. Empezar sin dinero, es mala cosa. Si no tienes lujos, y no te estableces en

Market Street, la gente no viene. Y si cumples a la perfección, dicen que fue casualidad. Algunos clientes, ni siquiera pagan. Otros se desaniman al ver mi oficina y se van. No saben apreciar la inteligencia. Malos tiempos vivimos, amigo. Ser listo no es suficiente.

El visitante meneó la cabeza, afirmativamente, sin decir nada. Hubo un silencio, en tanto Daniel Kent recogía otro montón de papeles, para la combustión. El fuego purificador, lo único que hacía era hacer irrespirable el ambiente de la vieja y fea oficina.

—Bueno, y a todo esto —repuso de súbito Kent, girando la cabeza hacia él—. ¿Qué es lo que busca usted aquí, señor Hazard, si no es cobrar o meterme en la cárcel?

El tal Nublo Hazard hizo una larga pausa. Parecía reflexionar sobre algo, sin quitar sus ojos, redondos y fijos, del joven Kent. Súbitamente, declaró:

—Soy un tipo que cree en los listos, Kent. Aunque vivan en buhardillas y cuchitriles. Usted me interesa.

—¿De varas? —Kent enarcó las cejas—. ¿Para qué? ¿Para limpiarle los zapatos?

—No sea sarcástico. Necesito sus servicios. Le pagaré bien.

—Mire, señor Hazard. Ya se lo dije antes. Esto es una retirada en toda línea. Llega un poco tarde. Pero puedo aconsejarle a Ruddy Cox, a Steve Calloway, a Frank R. Smitthy y a...

—No me interesa ninguno de todos esos —sostuvo fríamente Nublo Hazard—. Sólo usted, señor Kent...

—Bueno, sí que es obstinado —refunfuñó el detective privado—. Tendré que repetirle que...

—No me repita nada. Le entendí muy bien. Y sigue interesándome como detective a mí servicio. Para empezar le traigo un anticipo a cuenta de sus servicios globales para mí. Un anticipo... de diez mil dólares.

Daniel Kent se quedó clavado. Luego, el cajón repleto de papeles huyó de sus manos, rodó por el suelo de la oficina, dando tumbos, y dispersando de nuevo lo que tan trabajosamente había estado recolectando anteriormente.

Luego, pegó media vuelta casi cómica, contempló al visitante, con ojos aturdidos, y le vio enarbolando algo. Algo que no era un sospechoso cheque, propicio al engaño, ni nada parecido... sino un abanico de un verde maravilloso, formado por veinte billetes de quinientos dólares. Billetes que él casi había olvidado ya, a fuerza de no verlos.

—Cielos —balbució—. ¿Son auténticos?

—Del Tesoro de los Estados Unidos —asintió Nublo serenamente —. Puede hacerlos revisar por un experto antes de aceptar mi caso.

—Pero... pero ¿eso es de veras? ¿No son esos diez mil demasiado dinero... no ya para un anticipo, sino para un caso limpio?

Nublo preguntó:

—¿Cree que le ofrecería algo sucio, señor Kent?

—No lo sé. No nos conocemos aún, señor Hazard. Pero si el asunto es sucio, no acepto ni diez mil, ni dos millones. Nada de nada.

—Ahora comprendo su ruina —rio Nublo Hazard—. Ha nacido en una época equivocada. En nuestro tiempo ser honrado es un obstáculo. Y un error.

—Me gusta vivir entre errores y obstáculos. Aunque eso traiga deudas y fracasos, señor Hazard. Prefiero todo eso, a que mi conciencia me escupa a la cara.

El visitante se echó a reír. Se abanicó con los verdes ejemplares del Tesoro nacional. Un delicioso aire, pensó con abatimiento Kent, viendo evaporarse aquel sueño de una noche de verano, sin Shakespeare, sin bosque ni duendecillos.

—Allá usted —dijo, sonriente—. ¿Está decidido a renunciar a esto?

—Sí —admitió fríamente—. Totalmente decidido, señor Hazard. Buenas tardes. No puedo decirle que ha sido un placer, pero...

—Está bien, está bien —soltó una risa desconcertante, y tiró los billetes sobre la mesa. Levantaron una polvareda. Y Kent vio flotar aquellas hojas verdes, que parecían presagiar la llegada de un otoño singularmente generoso—. Puede tomar ese dinero sin temor, señor Kent.

—¿Eh?

—Ya le dije que confiaba en su inteligencia. Ahora confío en algo más: su honradez. Necesitaba un detective sagaz y honesto. Alguien me dio una lista de nombres. La he ido siguiendo, uno por uno. Empecé por el mejor... bueno, por el que mejor establecido se hallaba. Y bajé hasta el último de mí lista, que era usted. Todos me fallaron en algo. No me gustaron. En usted, señor Kent, hay lo que yo quiero. El dinero es suyo, si acepta el caso. Es limpio, claro. Pero insólito.

—También son insólitos diez mil dólares de anticipo sobre los honorarios —manifestó Kent, con un suspiro—. ¿Qué debo hacer, señor Hazard?

—En primer lugar, sepa lo que ofrezco: diez mil de anticipo. Y un total de veinte mil, si fracasa en su empeño. Si triunfa, si logra lo

que yo pida de usted… serán cincuenta mil.

—¡Cincuenta mil! —contempló a su visitante, empezando a dudar de sus facultades mentales, a pesar de que el hombre parecía perfectamente normal—. Oiga, señor Hazard, ¿usted está totalmente seguro de que es un asunto limpio?

—Juzgue usted mismo: se trata de encontrar a una persona desaparecida.

—¿Quién? —le miró con sospecha— ¿Su esposa? —No. Mi hija.

Si parecía limpio. Al menos, no había sucias cuestiones íntimas entre esposos. A Kent le gustó el principio. Pero seguía sin entender como un hombre ofrecía ese dinero por una tarea casi rutinaria.

—¿Su hija? —Repitió.

—Eso es. Ha desaparecido sin dejar rastro. Quiero que la encuentre. Cueste lo que cueste, Kent.

—¿Es joven su hija?

—Dieciocho años.

Daniel Kent silbó entre dientes. Luego se puso serio, no queriendo resultar inoportuno.

—¿Bonita? —preguntó.

—Sí. Muy bonita.

—Y rica, por supuesto.

—Dispone de muchísimo dinero. Todo el que quiere.

—¿Se lo pide a usted?

—No. No necesita hacerlo. Tiene su propia cuenta corriente.

—Ya veo. ¿Tiene novio, está enamorada de algún muchacho…?

—No.

—¿Puede estarlo, sin que usted lo sepa?

—Soy un padre moderno, señor Kent. Si mi hija se fija en algún chico, me tiene sin cuidado, mientras no sea un rufián. Tiene muchos amigos del sexo contrario, camaradas, muchachos que la acompañan, que son amigos suyos… pero no tiene novio ni amores.

—Entiendo. Es muy independiente. Eso hará más difícil la cuestión. ¿Estudia, se dedica a algo concreto?

—Sí. Estudia. Y practica deportes. Nada más.

—¿Hace vida social?

—Por supuesto.

—¿Es popular?

—Es… es «Miss América, 1970». ¿Eso le basta?

«Miss América, 1970». Daniel Kent pegó un respingo. Ahora lo veía claro. Evocó una fotografía, en todos los diarios, una efigie, en todas las pantallas de televisión del país: Laura Hazard, «Miss América, 1970»…

Algo raro, algo insólito le danzaba por la mente, en relación con esa muchacha. Pero no sabía lo que era. Optó por preguntárselo a su padre, con cauteloso tono:

—La recuerdo, señor Hazard. Una bellísima criatura.

—Gracias —fue una palabra seca, forzada—. ¿Algo más, señor Kent?

—Sí. ¿Es popular por alguna otra razón que el haber sido elegida «Miss América» el pasado año en Miami Beach, señor Hazard? Hay algo que me ronda la cabeza, y no sé lo que es…

Contra lo que Kent podía esperar, su visitante le dio todas las facilidades. Meneó afirmativamente la cabeza. Y declaró:

—Sí, es mucho más popular por una excentricidad suya, bastante reciente: mi hija embarcó voluntariamente en la nave «Selene Diez».

—¿«Selene Diez»? —Kent enarcó las cejas con asombro—. Pero esa nave… ¿no es…?

—Sí, es lo que usted supone, señor Kent —manifestó con tono duro Nublo Hazard—. Es una nave espacial. La sexta astronave norteamericana con destino a la Luna… Y en ella, tras falsear mi autorización paterna, subió «Miss América, 1970»… mi propia hija.

—¡Diablos! —masculló, atónito, el detective privado—. Sí que es una muchacha valerosa… y excepcional. Supongo que usted la habrá reprendido severamente y…

—El caso es ese, señor Kent. Mi hija nunca volvió. No ha regresado de la Luna… y necesito que usted dé con ella… a cualquier precio.

Capítulo II
LA BELLA DESAPARECIDA



L honorable Harold M. Cartwright contempló a su joven visitante con aire pensativo, a través de los gruesos cristales de sus gafas. Luego, se encogió de hombros, con aire apático.

—Señor Kent, nosotros no podíamos dudar de la veracidad de su autorización paterna. «Miss América 1970» era una jovencita popular, rica y de brillante nivel social. Presentó un documento firmado por su padre, Nublo Hazard, al parecer perfectamente legítimo. El Departamento de Vuelos Espaciales no tiene por norma consultar a los interesados, si la autorización de los menores de edad no ofrece aspecto dudoso.

—¿Y aquella no lo ofrecía?

—En absoluto. Nos consta ahora, porque el propio señor Hazard lo ha, expresado ya así, que era una falsificación. Confieso que era habilísima e inteligente. Cualquier otro se hubiera dado por engañado.

Daniel Kent asintió lentamente, sin quitar sus pupilas grises y agudas del rostro inexpresivo, rugoso, del encargado de Vuelos Espaciales, aquella novísima sección de Astronáutica, creada por la frecuencia de los últimos vuelos terrestres a la Luna.

—¿Usted conocía la firma del auténtico Nublo Hazard, para opinar así, señor Cartwright? —demandó.

—Por supuesto, señor Kent. Precisamente el señor Hazard es uno de nuestros benefactores. Un hombre que ha dado cantidades importantes para sufragar gastos de la gran empresa nacional de crear una línea regular de vuelos extraterrestres, una vez conquistada la Luna y alcanzada la garantía plena de que todo viaje era seguro, con el retorno garantizado.

—Ya. Y, sin embargo, Laura Hazard nunca volvió…

—¡Un momento! —cortó vivamente el honorable Harold M. Cartwright—. Eso no es culpa nuestra ni de los reglamentos de seguridad, estrictamente respetados hasta ahora, y sin accidentes de

ninguna clase. Laura Hazard, «Miss América», fue a la Luna en el «Selene Diez», de la flotilla nacional de astronaves de pasajeros, recién creada. Estuvo visitando la Colonia terrestre que se construye lentamente en la Luna, y que se espera esté terminada para el año 1980. Luego, regresó al espaciódromo lunar, y tomó la nave de retorno, que era la propia «Selene Diez».

—Pero ella nunca bajó de la nave. Ni nadie la vio jamás, señor Cartwright. Esa es la verdad incontrovertible…

—Espere aún, señor Kent. No emita juicios precipitados. Tengo razones que pueden desvirtuar todas sus sospechas sobre inseguridad en nuestras líneas. La aeronave no hace el viaje directo. Hay problemas de navegación espacial, de gravitación, de propulsión y todo eso, que obtuvieron mejor solución y más segura situando una estación intermedia entre la Tierra y la Luna.

—Lo sé. Es la Estación Espacial Lunik B, a mitad de camino entre nuestro planeta y nuestro satélite natural. Una plataforma o espaciódromo donde repostan las astronaves y toman el impulso definitivo, en una u otra dirección. ¿Qué sucede con ella?

—He interrogado al personal de a bordo. Me aseguran todos que Laura Hazard estaba a bordo cuando la nave se posó allí. Fue una de las pocas personas de a bordo que abandonó la nave durante la escala. Se alejó hacia los pabellones o dependencias que rodean la pista del espaciódromo, sobre el satélite artificial. Luego, la nave partió. Nadie se dio cuenta si ella había regresado o no. Había elegido uno de los asientos posteriores, y ya anteriormente fue poco observada. En esta ocasión, el hecho de que la mayor parte de los viajeros fuesen adormilados o distraídos, impidió que advirtieran nada. Y no se fijaron si Laura iba o no a bordo… hasta que al posarse la nave en el espaciódromo de Washington y presentarse Nublo Hazard, con dos agentes federales, a prender a su hija, por rebeldía y falsificación de permiso paterno, se encontraron con la gran sorpresa de que ella no estaba a bordo.

—¿Qué hicieron entonces?

—Se comunicó por radiofonía con la Luna. Allí se confirmó su salida en el viaje de retorno. En la Base del Lunik B confirmaron lo mismo. Y se la declaró oficialmente desaparecida, después de comprobar que nadie, en realidad, la vio a bordo, desde la salida del Lunik B, en la última etapa hacia Washington.

Daniel Kent meneó la cabeza ceñudo.

—Sí, entiendo bien —declaró—. Pudo desaparecer allí, pudo subir de nuevo sin ser vista, pudo sufrir un accidente durante el vuelo extraterrestre, y caer de la nave… o pudo ocurrir cualquier

otra cosa. Todo queda turbio, borroso, inexplicable…

—Un momento, señor Kent. No pudo caer en vuelo. Los sistemas de seguridad a bordo, en viajes de tal especie, están perfectamente comprobados y regulados por las autoridades federales y por la Junta de Aeronáutica. Si alguna puerta, ventana o cosa, parecida se abriese, un sistema de alarma sonaría automáticamente, avisando a los pilotos y personal de a bordo. Además, eso es altamente improbable, por no decir imposible. Están adoptadas toda clase de prevenciones y medidas de seguridad. Aleje esa teoría de su mente, si quiere ir por buen sendero en sus investigaciones.

—Yo nunca alejo una teoría… hasta que no compruebo con total seguridad que estoy equivocado —replicó fríamente Daniel Kent. Se inclinó, cortés, añadiendo—: Gracias por todo, señor Cartwright. Y hasta siempre…

Se alejó con paso firme, sin prisas. Abrió las grandes vidrieras. Salió de nuevo a Broadway, donde se hallaban las oficinas centrales de la Agencia. Su viaje anterior a Washington, como este de ahora a Nueva York, en busca de una pista concreta, no parecía demasiado prometedor. Ni en una ciudad ni en otra quedó clara la forma y lugar en que Laura Hazard, la joven y atrevida, astronauta, con su banda de «Miss América» del anterior certamen de belleza femenina en Miami Beach, había podido evaporarse, entre la Luna y la Tierra, en uno de los primeros viajes turísticos de aquella nueva, prodigiosa era espacial, iniciada con la conquista de la Luna, y con la labor conjunta de todos los departamentos técnicos y científicos de diversos países de la Tierra, por un mundo mejor y más amplio, capaz de conquistar otros mundos.

Era solo el principio, ciertamente. Pero pronto se llegaría a otros lugares del espacio. La Luna era la primera etapa de una nueva era.

Y Daniel Kent, detective privado, súbitamente convertido en un hombre con dos mil dólares en el bolsillo, las deudas liquidadas y su oficina totalmente renovada, estaba buscando a la primera persona que se perdía misteriosamente en un vuelo de aquellos, sin accidente ni desastre, sin aparente razón lógica.

Como dijera muy bien Nublo Hazard, padre de la muchacha desaparecida, aquel era un caso insólito. El primer enigma policíaco espacial.

Ojalá terminara bien, y la bella «Miss América», inexplicablemente desaparecida, apareciese sana y salva lo antes posible, Pero Daniel Kent tenía el presentimiento de que el misterio no había hecho más que empezar.

Y que habría que ahondar mucho más para llegar a alguna

parte…

—Estación Espacial Lunik B… Estación Espacial Lunik B… Vuelo I-19 sin novedad… Vuelo I-19 sin novedad… Espero informes…

El locutor de la Base del Espacio dejó de emitir. Cerró el contacto del micrófono de su mesa. Giró su asiento móvil, hasta enfrentarse a su visitante, erguido en la sala circular de controles, radio, TV, y radiotelefonía. Meneó la cabeza de un lado a otro el joven funcionario de la Estación Espacial que servía de fin de etapa en los viajes Tierra-Luna y viceversa.

—Lo siento, señor— aclaró—. No podré ayudarle en lo que me pide. Yo no sé nada acerca de esa desaparición. Hemos recibido aquí informes de la policía, y fuimos interrogados al respecto, cuando la Empresa de Navegación presentó la posibilidad de que la desaparición de «Miss América» hubiese tenido lugar en Lunik B. Le aseguro que nada se logró.

—¿Nadie vio nada?

—Nadie, señor. Ni tampoco vimos a «Miss América» —le guiñó un ojo—. Le aseguro que, de haberla visto, nadie lo olvidaría. Y yo, menos que nadie. Es una chica estupenda se lo aseguro.

—He visto sus fotografías de concurso, en Miami Beach —declaró secamente Daniel Kent—. Sé la clase de chica que es. Pero, a pesar de ello, pudieron ustedes haber visto algo… relacionado con ella.

—¿Cómo por ejemplo?

—No sé… —Kent se encogió de hombros—. Cualquier detalle anómalo, cualquier cosa poco habitual.

—De veras lo lamento, señor. No puedo ayudarle —el muchacho volvía a su micrófono. Antes añadió, en un esfuerzo por ser amable y servir de alguna ayuda—: Busque al capitán Waldo Scott. Es el encargado del personal de las pistas de nuestro espaciódromo. Él puede decirle algo, seguramente, con más facilidad que yo, en lo que a usted le interesa.

—De acuerdo —asintió con la cabeza Daniel Kent, echando a andar hacia la salida—. Gracias, amigo. Pero tampoco creo que el capitán me pueda ayudar. Nadie parece saber nada sobre esa muchacha desaparecida… Diablos, ¿es que se la ha tragado la tierra… o fue el cielo quien la engulló?

Salió, cerrando suavemente tras él. Frunció el ceño el joven empleado de la central de controles y comunicaciones en la Torre Central de Lunik B. Luego, su mirada fue con aprensión al negro espacio exterior, bajo el inmenso redondel lunar, donde se hallaba en órbita la estación intermedia para los primeros viajes espaciales

del ser humano.

—¿El cielo? —gruñó—. Hum...

Luego, bajó la mirada a las pistas del espaciódromo en órbita. Un ascensor automático había dejado a Kent en ellas. Vio avanzar al detective privado hacia las oficinas de vuelo, cruzando las pistas donde se posaban los vehículos Tierra-Luna, sobre soportes magnéticos, para aprovisionar y hacer luego el definitivo impulso hasta la meta de su largo viaje.

Por encima de esas pistas, la superficie plástica, aluminizada, era un envoltorio transparente, que permitía apreciar el centelleo nítido de los astros, en el cielo sin atmósfera, sin brumas, inmensamente grande...

Aquel cielo, del que Daniel Kent había expresado sus dudas, en torno al misterio de la desaparición de la belleza nacional de 1970...

* * *

Ciertamente, el capitán Scott no había sido tampoco una gran ayuda. Ninguna de sus preguntas supo contestarla adecuadamente a los deseos del detective. Lo ignoraba todo sobre la notable y bella viajera, Laura Hazard, «Miss América».

Realmente confortante, pensó Daniel Kent, empezando a sentir el desaliento. Él estaba habituado a buscar gente extraviada o desaparecida, pero siempre a ras del suelo, pisando la tierra. No como en aquel caso, teniendo que husmear en el espacio, en los satélites artificiales y demás sitios absurdos.

Nublo Hazard, el padre de Laura, no ponía cortapisas. Le había proporcionado un billete especial, de libre circulación por las rutas del espacio, y gracias a eso iba indagando, paso a paso, en busca de la verdad. Pero aún no tenía la menor idea del lugar en que esta podía hallarse.

Y Kent creía que, donde estuviese la verdad, estaría Laura, Hazard. Esperaba que ese lugar no fuese aquel negro abismo del espacio, donde jamás podría ser nadie hallado por los siglos de los siglos.

—De veras quisiera saber algo, señor Kent —declaró el joven, risueño, capitán Waldo Scott, de la recién formada Fuerza de Seguridad del Espacio, bajo bandera especial de las Naciones Unidas—. Pero nadie aquí tiene la menor idea de cómo pudo suceder eso.

—En la Empresa de Navegación aseguran que ella no subió de nuevo al «Selene Diez». ¿Eso es posible?

—Pudo suceder. Aquí hay una sección de alojamientos, un restaurante, un bazar para la venta de artículos de primera necesidad a los viajeros del espacio, por cualquier contingencia… —se encogió de hombros—. Pero ya revisó ahí la policía. No. Laura Hazard no se alojó en ninguna parte, no fue vista más que en el restaurante, tomando café o algo así. Después, dicen que pagó en el automático y salió, dirigiéndose a la pista de salida. Luego…

—Luego nadie la vio de nuevo, ¿no es eso?

—Justamente —Scott hizo un ademán con las manos. Enérgico, irritado, casi enfático—. Cielos, no puedo entenderlo. Una chica como ella no pasa desapercibida en ninguna parte… Es… es una escultura, un bombón. Tiene unas curvas mareantes, una cara… En fin, por algo es «Miss América 1970». Simboliza la belleza actual, la mujer de nuestra era, señor Kent. Nadie dejaría de mirarla, si pasase a diez yardas de distancia. ¿Cómo puede desaparecer una criatura así?

—Desintegrada —bromeó agriamente Kent, con el gesto torcido—. Infiernos, yo también me estoy preguntando lo mismo desde un principio, capitán. Y daría algo por encontrar la respuesta en alguna parte. ¿Hay algún sitio donde uno pueda meterse, en el camino del restaurante a la nave que está a punto de salida?

—No, ninguno. La pista sigue hasta… —frunció el ceño—. ¡Un momento! ¡Sí, hay algo, señor Kent!

—¿Qué es ello?

—Los lavabos, tocadores y todo eso —sonrió—. Dos secciones de damas y caballeros, separadas por un enrejado. ¿Quiere verlo?

Kent asintió:

—Me gustaría.

—Bien. Venga conmigo.

Condujo a Daniel Kent a través de las oficinas, salieron a las pistas y las cruzaron en sentido diagonal, hasta hallarse frente a una rampa de despegue con magnetos de sujeción, que podían ser desconectados, disparándose a la vez los resortes de salida, que impulsaban a los potentes reactores de las naves Luna-Tierra.

—¿Ve? De aquí saltan las naves a su última etapa —explicó el capitán—. Aquella pista es para acceso de pasaje. Allí está el restaurante, bar y encargo de alojamientos en el Lunik B.

Iba señalando todo a medida que hablaba. Kent seguía sus indicaciones. Luego, llegaron a dos pequeños pabellones de forma cilíndrica, ancha, separados entre sí por una alambrada que partía dos caminos, uno a cada pabellón. Dos luminosos señalaban:

«Aseos. Caballeros» — «Aseos. Damas».

Meneó la cabeza el joven detective. Ahora veía que una persona que saliese del restaurante de la Estación Espacial podía con toda simplicidad desviarse ligeramente y dirigirse a los aseos. El capitán explicó:

—Para evitar posibles incidentes o errores, hay un detector fotoeléctrico. Si la persona es dama, y eligió su correspondiente aseo, pasa sin dificultad.

Si se equivoca, un indicador luminoso le señala su error e invita a rectificar.

—Suponga que alguien quiere secuestrar a una dama metida en esos lavabos —dijo— Y el secuestrador es virón. ¿Puede seguirla adentro, atacarla?

—No. Después del indicador luminoso, se cierra un paso automáticamente, si el equivocado sigue adelante. Caso de intentar romperlo o franquearlo, suena una alarma. ¿Lo entiende ahora?

—Ya veo. Todo tiene la máxima seguridad a bordo de la nave-estación.

—Son reglas de las Naciones Unidas —sonrió el capitán—. Se siguen rigurosamente. En el caso contrario, también actúan igual los resortes. Sucede lo mismo en los alojamientos individuales. Damas a un lado, caballeros a otro. La seriedad ha de ser aquí rigurosa.

—Y, a pesar de ello, una mujer desapareció… —suspiró Kent, avanzando hacia los pabellones de aseo.

—No hay pruebas de que fuese aquí —replicó el capitán Scott, algo secamente.

—¡Oh! claro que no. Pero en alguna parte tuvo que ser… entre la Luna y la Tierra. Es evidente que tomó la nave en el satélite. Y no puso el pie en nuestro planeta. ¿Qué sucedió, entre tanto? Eso es lo que debo averiguar.

El oficial de la ONU asintió. Daniel Kent se acercó a los pabellones, los examinó, avanzando por el sendero destinado a los hombres. No pasó nada. Retrocedió, y tomó por el opuesto. Se encendió un luminoso ante él: «Está en un error. Es el otro camino». Lo habían redactado en varios idiomas. Siguió adelante, pese a todo. Una barrera se cerró con un chasquido. Kent no intentó franquearla. No era necesario producir alarma alguna en la Estación Espacial. Miró al capitán Scott, que sonreía, burlón.

—Veo que todo va bien —declaró, conciso.

—Se lo dije, señor Kent. Si ella entró ahí, antes de ir a la nave, volvió a salir, es evidente. Nadie pudo hacerla daño, nadie lograría sacar de ahí a una mujer, sin que se advirtiese en todo el satélite.

—¿Y si ella se oculta?

—Podría suceder. Pero ¿por cuánto tiempo? Habría de aparecer después. Y recuerde que esto no es un aeropuerto normal, con cientos de vuelos diarios. Es un lugar donde solamente vemos dos naves a la semana o a la quincena. Una que va, otra que vuelve. Y así siempre. En Lunik B no puede ocultarse nadie durante siete o quince días.

Daniel Kent asintió. De sobra veía él que era así. Las cosas no tenían explicación. Abordó la cuestión desde otro punto:

—Una pregunta, capitán. En los aviones comerciales normales, las azafatas revisan el pasaje. ¿No se hace igual en las naves del espacio?

—Sí. Pero caben errores.

—¿Qué clase de errores?

—Verá, señor Kent. En la nave que ocupaba «Miss América», ella era solamente un viajero más en las listas, para nuestras azafatas y funcionarios de a bordo. Un nombre: L. Hazard. Se devuelve una contraseña al subir, y asunto concluido. Cuentan las entregadas. Si viajan treinta viajeros y hay treinta contraseñas, con sus nombres respectivos, todo va bien. Han vuelto los treinta. No se reclama a nadie por los altavoces.

—¡Un momento! —Daniel Kent, excitado, miró fijamente al capitán Scott—. ¿Eso… eso quiere decir que si Laura Hazard no subió a bordo… subió alguien que utilizó su contraseña?

—Evidentemente —asintió Waldo Scott, ceñudo a pesar de su media sonrisa complaciente—. Eso debió suceder, señor Kent.

—Por tanto, hubo rapto —dijo el detective rotundamente—. No sé cómo, pero hubo rapto. Y otra persona suplió a Laura Hazard en el vehículo espacial.

—Eso podría haber sucedido. Sin embargo, una pregunta sigue en pie: ¿dónde se quedó, entretanto, la mujer secuestrada?

Daniel Kent no pudo contestar a eso. Irritado, se apoyó en la alambrada y la hizo vibrar, hundiendo los dedos en el tejido entrelazado de alambres. Fue entonces cuando su gesto varió totalmente.

Acababa de verlo.

Se inclinó rápidamente. Miró más de cerca la alambrada, allí donde ambos pabellones se unían, separados solamente por la red de alambre. Sin levantarse, llamó al sorprendido capitán Scott:

—¡Eh, venga aquí! Examine esto, por favor.

—¿Qué es lo que sucede con la alambrada? —gruñó el oficial, dirigiéndose hacia él.

—Alguien la cortó previamente. Y luego soldaron de nuevo los

alambres, capitán...

Capítulo III
AUMENTA EL MISTERIO



í, es cierto —asintió el técnico de Lunik B, incorporándose lentamente—. Ha ocurrido como dice el señor Kent. Cortaron con unos alicates la alambrada. Después, soldaron las piezas cortadas, para ocultarlo. Y lo hicieron muy bien. Sólo una vista sumamente aguda podía ser capaz de descubrirlo.

—Yo soy el tipo de la vista aguda —dijo entre dientes Daniel Kent—. Y por todos los diablos que me gustaría ver algo más que alambradas cortadas y vueltas a soldar. Quisiera saber por qué sucedió esto. Y cómo pudo suceder.

—Tal vez yo pueda ayudarle, señor.

Kent pegó un respingo. También el capitán Scott y el técnico se volvieron bruscamente, al sonar aquella voz. Se quedaron mirando al hombre enjuto y descolorido, erguido frente a ellos, con el uniforme azul celeste, y el doble distintivo de las Naciones Unidas y la Sección Espacial.

—Bueno —dijo Kent—. ¿Y usted quién es?

—Se trata de Boris Polansky —explicó el capitán Scott—. Dirige el bar-restaurante.

—Ya —Kent prestó toda su atención al recién llegado—. ¿En qué puede ayudarme, amigo?

—Yo vi a la señorita Hazard, a «Mis América», dirigirse a los aseos, después de tomar café en mi local.

—Bien. Continúe. ¿Qué más vio?

—Había dos hombres en otra mesa del local. Dos orientales de cabeza rapada, que no hablaron conmigo ni cruzaron una sola palabra en todo el tiempo.

—¿Orientales de cabeza rapada? —enarcó las cejas el joven—. ¿Cómo vestían?

—A la europea. Pero aun así destacaban. Al salir, se pusieron sus sombreros y ya no llamaban tanto la atención. Siguieron a la señorita Hazard. Pero luego se desviaron hacia el aseo de

caballeros. Entonces dejé de preocuparme de ellos.

—Entendido. Dos orientales de cráneo pelado, con ropas europeas, se fueron en pos de Laura Hazard y entraron en el pabellón inmediato. Eso puede tener algún sentido, Polansky.

—Eso pensé, señor —asintió el espontáneo colaborador, con una sonrisa—. Especialmente, cuando uno ha visto entrar a dos orientales rapados en un pabellón de aseo... y ve salir a tres.

—¿Tres? —Kent pegó un brinco. Sus ojos se clavaron, insistentes, en el testigo—. ¿Qué significa eso?

—Justamente lo que he dicho. Vi salir a tres hombres. Los tres orientales, los tres a la europea... ¡Oh! por cierto, que todos llevaban gabardina, sobretodo o algo así. El que parecía ir enfermo, beodo o algo así, marchaba del brazo entre los otros dos, los que estuvieron en el restaurante. Me pareció raro, pero pensé que habrían encontrado dentro del pabellón a su compañero, enfermo o indispuesto, y le llevaban consigo. Entonces, aún no sabíamos de nada anómalo en aquel viaje.

—Uno enfermo... o bebido —Kent meditó, con expresión grave —. ¿Por qué sabe que era oriental y que también iba rapado? ¿Le vio la cara?

—Sí. Muy claramente. Uno de sus compañeros le iba poniendo el sombrero al salir. Le vi el cráneo pelado, el rostro color oliva, de rasgos exóticos... No hay duda, eran chinos o cosa parecida.

Daniel Kent inclinó la cabeza, paseó de un lado a otro, ceñudo y grave. Dos orientales... y volvían tres. Y por otro lado, una mujer hermosa, popular, adorada, riquísima, desaparecía...

Había un nexo, sí. Y creía tener una idea, una confusa idea que era preciso comprobar. Miró a Boris Polansky.

—Gracias, amigo —dijo—. Creo que me ha ayudado mucho. Más de lo que usted cree. Una última pregunta: ¿Vio usted si esos tres orientales de cabeza rapada se dirigían a la nave que iba a partir hacia la Tierra?

—¡Oh! sí. Seguro que iban hacia allá.

—Bien. Eso es todo —Kent miró a Polansky, al capitán Scott, al técnico de Lunik B—. Creo que ahora puedo volver a la Tierra, señores. Sé que el rapto tuvo lugar aquí... pero ella está ahora en alguna parte del planeta, no en el espacio.

* * *

—¿De dónde sacó esa conclusión, Kent?

—De lo que he investigado hasta hoy. La policía tal vez no

aceptase mi teoría como probable. Pero yo sé que si de algún modo se atacó a su hija y se la hizo desaparecer, solo la forma que yo imagino es plausible… y lo explica todo.

—¿Todo? —Nublo Hazard se echó adelante, con aspecto excitado.

—Bueno, casi todo —rectificó suavemente Daniel Kent—. Aún faltan detalles. Pero en líneas generales puedo asegurar ya que el rapto se efectuó en los pabellones de aseo de Lunik B. Luego, desde allí, su hija fue traída a la Tierra. Prisionera, inconsciente por supuesto.

—¿Aquí? —Hazard denegó, violento—. Imposible. Ya dije que yo estuve en el espaciódromo de Washington. Con policías federales. No vi bajar a mí hija. No estaba en la nave tampoco. Y no se hallaba entre las mujeres del pasaje.

—No, eso es cierto. Ella estaba en el único lugar que usted no miró: entre los hombres.

—¿Eh? —el millonario pegó un respingo—. ¿Usted se burla de mí, Kent?

—Nunca me burlo de nadie. Y menos, de un cliente. Estoy diciéndole la pura verdad, señor Hazard. Su hija estaba en poder de dos orientales de cabeza rapada. Aparentemente, ella era un oriental más, de cabeza rapada, en estado inconsciente, enfermo o cosa parecida.

—¡Imposible! ¡Nadie puede disfrazar de hombre a una muchacha como Laura!

—Vuelve a equivocarse. He hecho ya la prueba —buscó en su bolsillo Kent. Extrajo fotografías brillantes, de un sobre de papel oscuro. Las tendió al millonario—. Mire ahí. Dos muchachas muy bellas y llamativas, dos coristas de variedades, están ahí fotografiadas, tal y como aparecen en el escenario. No llevan mucha ropa encima, ¿verdad? Ahora mírelas en las otras dos fotografías, con ropas de hombre y una máscara de goma ajustada a su rostro y cabeza…

Él lo hizo. Cuando vio el resultado lanzó una imprecación. Kent sonrió. Sabía que el resultado tenía que sorprenderle. Recogió las fotografías y las agitó, mientras hablaba:

—Dos orientales, en el satélite artificial, cortaron la valla de seguridad entre los dos pabellones de aseo. Raptaron a su hija, utilizando algún narcótico o droga. La vistieron con ropas que llevaban preparadas y le ajustaron la máscara y un sombrero. El efecto era perfecto. Subieron a bordo a su supuesto amigo y volvieron a la Tierra. Descendieron, pasando con ella ante sus

narices. Y ni usted ni nadie lo sospechó.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué, Kent? ¿Por qué? Nadie me ha pedido rescate, nadie me ha dicho nada…

—Tal vez lo hagan. De cualquier modo, he averiguado ya el «cómo». Ahora nos falta el «por qué»… y quién o quiénes.

—Pues averígüelo, Kent. Tiene carta blanca. Gaste lo que quiera. Descubra todo eso… y devuélvame a mí hija. Es lo único que tengo. Sin mi pequeña Laura, me siento perdido…

Kent asintió. Comprendía a Hazard. Haría por él cuanto estuviera en su mano. Estaba dispuesto a llegar al fondo mismo del enigma. Pero para ello había sido preciso dar el primer paso.

Y ese ya estaba dado. Ahora, sería preciso saber por qué dos orientales de cráneo pelado raptaron a Laura durante el viaje de la Luna a la Tierra. Luego, era preciso encontrar a la muchacha, descubrir el sitio donde podía estar ahora…

—Si existe una sola posibilidad de dar con ella, de rescatarla… la tendrá, señor Hazard —prometió gravemente el joven detective—. Tiene mi palabra…

Nublo Hazard le contempló con expresión pensativa. Afirmó después.

—Sí, creo que solamente usted puede hacerlo con honestidad, sin pretender sacarme más dinero ni aprovecharse de la situación. Por eso le elegí, Kent. Además, es un muchacho listo. Lo ha demostrado. Ha ido ya más lejos que la policía. Confío en usted. Sé que lo hará, si realmente puede hacerlo alguien. Suerte… y adelante. No escatime gastos. Le daré cuanto precise. ¡Pero devuélvame a Laura!

—Me gustaría abordar la cuestión desde otro punto de vista, señor Hazard —dijo Kent, tras una pausa, durante la que meneó afirmativamente la cabeza, haciéndose cargo de los sentimientos de Nublo Hazard—. ¿Quién podría informarme ampliamente sobre las amistades, gustos, preferencias y aficiones de su hija?

—Mis informes tal vez no serían demasiado exactos. Si desea saber todo eso tal y como es, acuda a Marty Talbot.

—¿Marty Talbot? ¿Quién es él?

—El mejor amigo de Laura. Compañero en excursiones, en deportes y todo eso. No, Laura no era nada de él. No existían relaciones amorosas ni siquiera creo que lo pensaran. Era una de esas amistades de la juventud de hoy, en que sin distinción de sexos se unen los jóvenes, para practicar deportes, hacer viajes y cosas así.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Talbot es muy aficionado a regatas y todo eso. Tiene una motora que ganó el campeonato de velocidad de la Costa del Pacífico hace unos meses. Le encontrará, casi seguro, en Fisherman's Wharf, en las primeras horas de la mañana. Se entrena casi cada día, Kent.

—Está bien —asintió Daniel Kent—. Mañana iré a Fisherman's. Veremos a ese Talbot. Tengo verdadera curiosidad por llegar al fondo de cierta cuestión, señor Hazard.

—¿Cuál?

—Me gustaría saber qué puede haber en común entre una reina nacional de la belleza y dos chinos de cráneo rapado.

* * *

La potente lancha motora dejó tras de sí una estela de blanca espuma, mientras hendía violentamente el azul. El surco se alargó, alejándose de la costa, luego describió un giro, una curva audaz, volviendo sobre sí mismo, para regresar, con estruendo continuado, rugiente, hacia el embarcadero de tablas, donde esperaba erguido, sintiendo azotado su rostro y cabello por la brisa con olor a yodo y salitre, Daniel Kent.

Volvió la motora rápida, incisivamente, como una roja, esbelta, aerodinámica flecha, que en el pasado pudo haber provocado algún asombro con su celeridad. Hoy en día, no poseía tal virtud ningún medio de viaje por tierra o mar. Estaban los otros, los vehículos del espacio, los que perforaban el azul del infinito, más allá de la Tierra, a velocidades inauditas. En el principio auténtico y maravilloso de la Era de los vuelos interplanetarios, ¿qué valor podía tener para nadie una canoa motora, perforando la superficie del mar, haciendo rugir su moderno motor, rasgando la suave calma ondulada de las aguas, en un constante afán de velocidad, de batir récords acuáticos, por puro y simple prurito deportivo?

Sólo para aquel hombre erguido en el embarcadero. Únicamente para el detective privado Daniel Kent...

Esperó el joven investigador a que la embarcación rozara las tablas, en un regreso de paulatina lentitud, hasta detenerse en su habitual emplazamiento. Saltó una figura joven, elástica, que abandonó el timón, apresurándose a echar el ancla y tirar una amarra a tierra.

Kent llegó hasta el borde mismo del embarcadero. Su mirada se cruzó con la celeste, límpida, del joven rublo y atlético que saltó al muelle de tablas elásticamente.

—¿Desea verme tal vez? —preguntó con voz casi abrupta, sin rodeos de ninguna clase.

—Sí. Me llamo Daniel Kent —dijo el detective—. ¿Usted es Marty Talbot?

—Eso es. Marty Talbot. ¿Nos conocemos acaso? —No. En absoluto. Es la primera vez que nos vemos.

Marty inquirió:

—¿Entonces…? Temo no entender…

—Me envía Nublo Hazard. Usted sabe quién es él, ¿verdad, señor Talbot?

El deportista entornó los ojos. Movió afirmativamente la cabeza. Luego declaró con voz lenta:

—Sí, sé quién es. ¿Pertenece usted a la policía, o es un periodista?

—Ni una cosa ni otra, señor Talbot. Soy investigador privado.

—Ya. ¿Hazard espera que usted encuentre a su hija?

—Justamente. Por eso estoy aquí. Él dijo que usted podía ayudarme.

—Me gustaría —suspiró Talbot—. Me gustaría mucho, señor Kent. Haría cualquier cosa por ayudarle, si supiera que ello había de permitir que Laura fuese hallada. Pero ¿cree realmente que tenemos la menor esperanza de lograr alguna cosa positiva?

—No sé. Nadie sabe nada en cosas así, señor Talbot. Me limito a seguir una pista. Y creo que forma parte de esa pista averiguar cómo era, cómo pensaba, cuáles eran las aficiones de la muchacha desaparecida. ¿Puede serme útil en ese sentido?

—Quizá más que nadie. ¿No se lo ha dicho ya así el propio Nublo Hazard?

—Pues… sí —confesó Kent—. Me dijo algo parecido. Pero me gusta comprobarlo por mí mismo. Sólo entonces creo a pies juntillas en lo que se me dice.

—Hace bien. Siempre camina sobre terreno firme, ¿no es así?

—No siempre —rio Kent—. Hace poco he caminado sobre el vacío, en busca de rastros.

—¡Oh! claro. Fue a la Luna, ¿no?

—No tan lejos. Me quedé en el Satélite Artificial, o Estación del Espacio.

—¿Y averiguó algo allí?

—Es posible. No sabré si realmente lo averigüé, hasta que otras cosas pasen a unirse con lo que allí supe. Por eso he venido a verle.

—Muy bien —Talbot echó a andar por el muelle de tablas, acompañado de Kent—. ¿En qué puedo ayudarle concretamente?

¿Qué quiere saber?

—Ya se lo dije. Sus aficiones, sus gustos, sus hábitos…

—Eran, poco más o menos, los mismos que los míos. Canoa a motor, exploraciones submarinas, con equipo de inmersión, avionetas, coches de sport y todo eso. Lo habitual en el que ama el deporte, la velocidad… y el peligro.

—¿Qué clase de peligro? —puntualizó Kent.

—¡Oh! hablo en buen sentido. El peligro que se deriva de la velocidad misma, del afán de los récords, de todo eso… —señaló el mar, la canoa—. Laura es una chica muy valerosa. Y muy bonita. Yo también quiero que aparezca.

—¿Está enamorado de ella?

La pregunta de Kent era tan directa, que Talbot pegó un respingo, con sorpresa. Parpadeó, antes de responder lentamente, sin cesar de caminar hacia el final del embarcadero:

—No creí estarlo nunca, señor Kent. Pero ya que me pregunta tan abiertamente le seré leal y contestaré de la misma forma: sí es posible que amase a Laura. Sin embargo, no lo advertí hasta…

—Hasta que ella desapareció, ¿no es cierto?

—En efecto —Talbot se detuvo; giró, clavando la mirada en el joven detective, casi con dureza—: Oiga. ¿Hazard le paga bien?

—Muy bien, sí.

—Pues añada lo que yo le daré, si encuentra a Laura. Diez mil dólares, señor Kent.

—¿Diez mil? —Daniel Kent se quedó como clavado en el suelo. Le miró de hito en hito y añadió—: Es mucho dinero.

—Lo daré por su hallazgo. Viva, se entiende. Encuentre a Laura, devuélvanosla sana y salva a su padre y a mí… y tendrá diez mil. No importa lo que le dé Nublo Hazard, Señor Kent. Yo ofrezco por mí parte.

—No tiene necesidad de comprometerse. Yo investigo igual, por lo que Hazard me paga. Es mi labor, señor Talbot.

—Pues añada eso —se movió de nuevo, caminó hacia el cercano edificio, blanco y deslumbrante, al sol de Fisherman’s Wharf, del Club Náutico—. ¿Dijo que quería saber sus gustos y aficiones?

—Eso es.

—Bien, no creo que pueda añadir mucho más a lo que le dije. Laura es rica. El deporte la ocupa casi todo el día. Luego, se le metió la locura de presentarse a ese concurso de Miami Beach. Me irritaba, pero a ella no le importó mucho. Está habituada a hacer su santa voluntad. Se burló de mis enfados. Y, después de todo, yo no podía oponerme. Claro que pude impedir que se dirigiese a la Luna,

en ese estúpido viaje, advirtiendo a su padre.

—¿Por qué no lo hizo?

—No sé. Quizá porque soy, ante todo, camarada y amigo de Laura. Un equivocado sentimiento de la lealtad lo impidió. Ahora veo que cometí un error. Esto no hubiera sucedido, si yo hubiese dado cuenta a Nublo Hazard de lo que pretendía Laura.

—¿Sabe la razón de que Laura acudiese a la Luna?

—¡Oh! no. Me habló de algo, estoy seguro. Pero cuando lo hizo, yo estaba distraído, ocupado en mi motora. Fue durante un largo trayecto a toda velocidad cuando habló. Tengo la vaga idea de que aludió a algo que yo conozco bien. Pero no sé lo que fue, se lo juro. Lo que ella dijo se borró de mí mente. Quizá mi subconsciente lo grabó, pero no logro saber lo que ello fuese, y mi conciencia está en la mayor ignorancia. Lo siento de veras. Lo siento mucho…

—Bien, no podía esperar demasiado —Kent se detuvo. Habían llegado ante una hilera de casetas blancas, de madera y estuco, con un tejado gris, llano. Estaban numeradas y pertenecían al terreno y edificaciones del Club Náutico—. Gracias de todos modos, Talbot. Seguiré otras pistas en busca de algo concreto.

—De acuerdo. ¿No entra? Al menos tome una copa conmigo, ya que ha perdido la mañana viniendo hasta aquí…

—¿Una copa? ¿Dónde, en el Club?

—En el Club… en cierto modo. Realmente, en esa caseta, la número 5. Es la nuestra.

—¿La de quiénes?

—Mía, de Stan Keller, de Ada Wayne, de Josh Murray, de Laura Hazard… Todo el grupo, ¿entiende? El Club arrienda sus edificaciones, a estilo de casetas o «bungalows», a sus socios más antiguos o de mejor consideración en el mismo. Nosotros somos de esos. Tenemos arrendado todos los años el pabellón cinco. Es nuestro club privado, algo así como el santuario del grupo. Vamos, entre conmigo, Kent. Usted, no sé por qué, me es simpático.

A Kent, extrañamente, también se lo resultaba aquel joven, atlético, deportivo Marty Talbot. Aceptó su oferta y entró en el pabellón del grupo de jóvenes deportistas entre el que se contó Laura Hazard, la joven desaparecida.

Kent ignoraba que aquel simple detalle, el hecho de aceptar la invitación, le haría dar un paso más en el camino duro y difícil de sus investigaciones.

Capítulo IV
EL EXTRAÑO «HOBBY»

L interior del pabellón constaba de dos amplias estancias, aparte los lavabos, la ducha y demás dependencias inevitables en un local náutico. Cada estancia, decorada a gusto de sus ocupantes, despedía olor a deporte, a amor a la velocidad, al agua



y a todo lo que fuese riesgo al aire libre, bajo el sol y el aire. Había galardones de pesca submarina, de inmersión de profundidad, de velocidad en canoa, en patines, o en automóvil por tierra, o en avioneta por mar.

Era una estancia confortable.

Había fotografías, con la bella y escultural Laura Hazard en casi todas ellas, y había equipos submarinos, anclas, fusiles de pesca subacuática, salvavidas y todo eso. Había también, en una rara, heterogénea mezcolanza, trofeos, objetos decorativos, libros, discos musicales, un tocadiscos estereofónico, un proyector de films, una pantalla plegable, botellas de licor, lámparas, un televisor diminuto pero potente, de visión estereoscópica, y mil objetos más, a cual más diverso.

—Una deliciosa, acogedora anarquía —comentó Kent, con una mirada en derredor.

—Si —Talbot le miró, gratamente sorprendido—. Creí que no le gustaría. Veo que, después de todo, es algo más que un detective privado. La mayoría de los de su profesión no entenderían esto. Usted sí, amigo Kent. Es un chico con sentido de la bohemia, de lo que nos gusta al grupo...

Kent asintió, riendo, y manoseó algunos objetos, con aire abstraído. Finalmente se sentó en un diván color naranja, muy brillante, de esponjosa suavidad. Talbot puso en funcionamiento el tocadiscos y una vieja melodía de música en «hi-fi» se dejó oír en la alegre, anárquica salita de reuniones del juvenil grupo. Sirvió a Kent una monumental copa de brandy y él se sirvió otra igual. Era un buen coñac. Francés, y de marca.

—Bueno, Kent. Ya ve nuestro rincón —dijo Talbot—. Esto le podrá dar una idea más concreta de la clase de chica que es Laura. Alegre, deportiva, sin prejuicios… pero sana y de buena fe, como la que más. Aquí todos somos de buena fe. No hay amores, no hay idilios ni cosas de esas. Sólo amistad, camaradería, sentido deportivo de la competición mutua.

Kent comentó:

—Pero usted se ha enamorado de Laura a través de todo eso, Talbot.

—Ya le confesé la verdad. A fin de cuentas, uno es humano. No busca esas cosas. Salen por sí solas, nos arrollan… y cuando queremos darnos cuenta, no tienen remedio.

—¿Y ella? —escudriñó la faz broncínea, atlética, del joven millonario—. ¿Le corresponde?

—¡Oh! ya le dije que ni yo mismo había sospechado que amase a Laura, hasta que ella desapareció. No puedo saber lo que ella siente, ni siquiera me paré a pensarlo.

—Entiendo —sorbió lentamente el aromático coñac, con la vista fija en un bello jarrón verde, de indudable valor. Quizás era jade auténtico. Estaba reflexionando—. ¿A usted le disgustó que se presentase al concurso de «Miss América, 1970»?

—No me gustó mucho. Pero ella tenía esa idea metida en la cabeza. No sé quién la convencería para ello. Lo cierto es que ganó fácilmente. Es demasiado bonita, tiene una figura perfecta, esplendorosa. Es elegante, elástica… En suma, Kent, es maravillosa.

—Sí, creo que la ama mucho —comentó Kent, levantándose y contemplando más de cerca aquel jarrón. Era realmente jade. Y de mucha antigüedad. Podía valer miles de dólares. Su mirada se deslizó hacia algo situado no lejos de aquel objeto: un adorno, consistente en un largo, serpenteante dragón negro, de ónix, con incrustaciones de jade, reptando por un alto tronco, en jade verde, y sosteniendo al fin entre sus colmillos, una hermosa, increíble afiligranada lámpara en jade blanco y marfil. Un prodigioso elemento decorativo, quizá de alguna vieja dinastía china.

Talbot le observaba con una sonrisa. Preguntó de pronto:

—¿Le gusta?

—¿Eh? —Daniel Kent separó con dificultad la vista del curioso, bellísimo objeto—. ¡Oh! sí. No soy aficionado a las reliquias, pero cosas así le admiran a uno. He visto ya otras, San Francisco es una ciudad donde pueden encontrarse muchas obras de Oriente y de las épocas más antiguas. Pero no todas son legítimas, claro.

—Éstas lo son. Todas, señor Kent —suspiró Talbot—. Usted me

preguntó antes sobre las aficiones de Laura. Me olvidé de citarle la más importante de todas, quizá porque no se relaciona con nuestros gustos colectivos: ama las antigüedades. En especial, todas aquellas de origen chino, japonés y todo eso.

—Ya veo... —Kent descubrió ahora diminutas figurillas de marfil o de laca, pantallas y pequeños biombos laqueados, con incrustaciones en oro o plata, cajitas de marfil, figurillas de jade y de piedras veteadas de mil colores. Era como descubrir, en aquel refugio de jóvenes deportistas, súbitamente, una faceta casi ignorada de sus aficiones: la tradición, las muestras artísticas más valiosas y remotas de los esplendorosos tiempos del Oriente. Apoyó su mano en un suntuoso elefante blanco de la India, tallado todo él en jade blanco, y adornado con incrustaciones de piedras preciosas, plata y ónix.

—Laura lo compra todo. Es una auténtica entendida en la materia. Le asombrarían los precios que ha pagado por algunas piezas de incalculable valor. Un experto nos dijo un día que lo que aquí poseemos podría venderse por más de seiscientos mil dólares.

Kent lanzó un silbido y echó una nueva ojeada a las bellas, costosas figuras de delicado, minucioso arte oriental. Luego, dijo con voz grave:

—¿Cómo pudo aficionarse tanto una muchacha deportiva, moderna, a estas cosas de otros tiempos, Talbot? No parece estar de acuerdo con la psicología de Laura Hazard...

—¡Oh! Laura es una muchacha muy compleja. Además, cuando estuvo enferma, incapacitada durante varios meses de practicar deportes, a causa de una pulmonía, empezó a aficionarse a todo eso. Su amistad con Jade Chang hizo el resto.

—¿Jade Chang? —Kent enarcó las cejas, mirando fijamente a Talbot—. ¿Quién es?

Martí explicó:

—Una muchacha china. Joven como Laura. Trabaja en esas cosas: reliquias, antigüedades, joyas y objetos de valor artístico o material muy elevado. Quizás ahí empezó todo.

—Jade Chang... Un bonito nombre, Talbot. Me gustaría ver a esa muchacha. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Quiere hablar con todas las amistades y relaciones de Laura, ¿eh, Kent? —sonrió el joven deportista.

—Si es posible, sí.

—Bueno, pues a Jade la encontrará en el Barrio Chino de la ciudad. En Grant Avenue, llamada también la Calle de las Mil Lámparas, encontrará una tienda de antigüedades. Hay muchas,

pero esta tiene la fachada verde, un farolito rojo y el nombre de su dueño en chino y en inglés: Tao-Wang.

—Tao-Wang. De acuerdo, Talbot —Kent terminó de un trago su brandy, dejó la copa, a un lado y añadió—: ¿Qué más? ¿Jade es cliente de allí tal vez?

—No —sonrió Talbot—. Jade Chang es la empleada de Tao Wang. Ella sirve a los clientes en la tienda de antigüedades…

* * *

Daniel Kent se detuvo frente a la fachada verde, salpicada de multicolores, ininteligibles letras orientales, con su correspondiente traducción en inglés.

Era el número 234 de Grant Avenue, en el corazón de China Town. La llamada Calle de las Mil Lámparas o Farolillos, por la típica, densa iluminación irisada de las clásicas luces de China, con sus papelillos, sus esferas de mil colores, sus adornos ingenuos y enigmáticos a la vez.

Allí aparecía el nombre de su dueño. Y la especie de mercancía que servía:

TAO-WANG
Antigüedades de Oriente

Esto último resultaba casi obvio. Bastaba echar una ojeada a los dos escaparates que flanqueaban la puertecilla estrecha al interior de la tienda. Allí se amontonaban lámparas de cobre, objetos de bronce, de plata, de marfil, de jade, de madera laqueada, de todas las formas y especies con cientos de años sobre sí algunos. Con miles quizás, unos pocos de entre aquellos supervivientes de civilizaciones, de artes ya extintos incluso en la propia China.

Kent echó a andar hacia la puerta, tras la contemplación de las mil figurillas diversas, de los rostros de carátulas japonesas o siamesas, de samuráis, con empuñaduras asombrosas, de kimonos radiantes, de instrumentos musicales increíblemente simples, pero de bello, retorcido trazo, cuyas clavijas parecían ser de purísimo marfil, tallado con cabezas y formas insólitas, que evocaban viejas divinidades chinas o japonesas, javanesas o indostánicas.

Al cruzar el umbral del establecimiento de objetos antiguos, le dio la impresión de que penetraba en un mundo asombroso, nuevo y distinto a todos los que conociera hasta entonces. Un microcosmos donde imperaba el polvo, la vetustez, el olvido, lo que había sido brillante y fastuoso un día… y ahora solamente era recuerdo,

anécdota lejana, viejo retal de una historia insólita que hasta sus propios héroes olvidaron.

Una campanilla, propia de principios de siglo, anacrónica y estridente, resonó allá en el fondo, en algún lugar de la tenebrosa trastienda del local destinado a compra y venta de antigüedades.

Daniel Kent pensó si aquel tintineo cascado y chillón a la vez no lograría despertar de su venerable, eterno sueño, a los mil objetos de una época, de un mundo que ya había dejado de serlo, a cosas y símbolos de tiempos perdidos en lo ignoto de lo pasado.

Contempló casi con aprensión las carátulas, las prendas de vestir de seda o de raso, las figurillas de jade, marfil o ámbar, los instrumentos de madera, laca o cristal. No, no había peligro. Todo seguía en su sitio, todo inamovible, todo eterno, duradero, incólume a los ecos de la moderna era que les había situado una mano caprichosa y anárquica, alineándoles en anaqueles, estanterías, escaparates o mostradores, para que un posible cliente les sacara de su sueño polvoriento, convirtiéndoles, de simples comparsas incógnitos, en un caos de diversidades, a auténticos protagonistas de un museo privado, de una breve colección de una estancia donde el capricho de un millonario o una dama, situó la figurilla o la reliquia antes perdida, para transformarla en centro de un lugar cualquiera, en atracción de las miradas, de las atenciones de quienes comprendieran su valor histórico, artístico, legendario o, simplemente, material.

Daniel Kent pasó los dedos, con aspecto pensativo, sobre la cabeza de un redondo, bruñido Buda de rostro maligno y vientre adiposo, que reposaba sobre un soporte de marfil. Aquel mundo sorprendente le tenía fascinado, a pesar de ser un profano en arte y antigüedades.

—¿Desea algo, señor?

Una voz melosa, dulce. Un inglés melodioso, de entonación exótica, casi musical. Había sonado a espaldas suyas.

Se volvió. Las luces del día, a través de los escaparates, y reflejándose en espejos inclinados, en lámparas de cristal de roca o en juegos de licor de vidrio costoso, tallado por manos de orfebres y artesanos remotos, minuciosos, casi afiligranados, hacían juegos de claridad y sombra realmente asombrosos dentro de la tienda. Entre ellos, como materializada por el encuentro de dos rayos de sol reflejados por una bandeja de bruñida plata y un espejo cercado de marfil, jade y oro, aparecía ella.

La dueña de aquella voz era menuda, frágil, ligera. Parecía una figurilla de porcelana más, en el museo asombroso de objetos

exquisitos. Los ojillos almendrados, oscuros y vivaces, contemplaban a Daniel Kent con expresión risueña, expectante. La faz era tersa, pálida, de pómulos ligeramente salientes, de labios gordezuelos y sonrientes. Una muchacha oriental muy joven. Y muy bella. Caminaba graciosamente, apenas pisando el suelo. O tal era, al menos, la impresión fugaz que producía.

Debía de ser ella, Jade Chang. La empleada del viejo Tao-Wang. Daniel Kent permaneció un largo espacio de tiempo contemplándola. Ella, con una suave sonrisa que se fue ampliando, inclinó graciosamente a un lado su cabecita, de cabellos negro-azulados, tersos, peinados a la usanza de su país. Y repitió, con mayor dulzura que antes, si eso era posible:

—¿Qué es lo que desea, señor?

Daniel Kent se creyó obligado a responder:

—Cualquier cosa. No demasiado cara, ni demasiado rara. Es un regalo. Un regalo para un amigo que gusta de coleccionar antigüedades.

—¡Oh, entonces ha elegido el sitio preciso! —dijo ella suavemente. Caminó con pasitos menudos, ligeros, casi alados, rodeando un mostrador sobre el que se alineaban figurillas, cajitas de música, con encajes de marfil, grabados sobre laca, tallas en marfil o madera negra—. Aquí hay de todo, señor. Desde lo más caro a lo más barato. Desde lo más antiguo, procedente de los Imperios chino o persa, hasta actuales maravillas de la imitación de cosas de la antigüedad. Pero supongo que no es eso lo que quiere, ¿verdad?

—No me importaría demasiado —sonrió Kent—. Ya le he dicho que no soy un experto. Y mi amigo apreciará igual el obsequio, aunque me cueste un par de dólares, ¿comprende? No es un compromiso demasiado grande.

—Entiendo —la muchacha caminó hacia una estantería. Al hacerlo, la seda estampada, negra y roja, de su vestido, mezcla de oriental y occidental, ceñido a sus suaves curvas, hacía resaltar estas—. Creo que hay lo que usted quiere. No es una imitación, sino auténticamente de otros tiempos. Pero se han encontrado muchos, y su precio no es elevado. Mire, y dígame si le interesa.

Daniel Kent contempló lo que le servía la muchacha. Vio que lo tomaba de una hilera de piezas idénticas entre sí, quizá más de una docena. Eran graciosos objetos de marfil, una figura enjuta, de un chino de barbita larga, bigotes caídos, faz estirada, rugosa y de irónica malicia en el gesto, cuyas manos huesudas empezaban a hundirse en las anchas mangas de su kimono de seda.

—Un «Mago Kiang» —sonrió la muchacha—. Es una buena pieza, que se calcula talló el artífice ciego Charlie Piong, hace cuatrocientos años. No es mucha vejez, para una talla así, pero le da su valor. Y se lo resta el hecho de que Piong diera con el sistema de tallar en serie sus piezas y lanzase centenares de ellas al mercado.

—¿El «Mago Kiang»? —lo contempló Kent. Ciertamente, parecía lo que decía ella: un mago oriental, maligno y astuto, que sonreía a quienes ignoraban su poder mágico. Le hizo reír—. No será muy caro, ¿verdad?

—No. Sólo cincuenta dólares.

—Bueno, no es muy barato, ¿no cree?

Ella parpadeó, sorprendida.

—¡Cielos, señor! Si es baratísimo. Nada hay en la tienda más barato que eso…

—Ya le dije que mi fuerte no eran las antigüedades —sacó Kent un billete—. Está bien, me lo quedo. Creo que a mí amigo le gustará. Y si es así, vendré a por otro para una amiga. Una chica muy bella y simpática. Se llama Laura Hazard…

Había estado vigilando de reojo a la oriental, con escudriñadores ojos. Observó su reacción al nombre. La vio erguir la cabeza, sorprendida, y notó una crispación fugaz en la comisura de sus gordezuelos labios. Luego la mirada que se volvió hacia Kent fue recelosa y a la vez intrigada.

—¿Laura Hazard ha dicho? —musitó, con tono sorprendido.

—Eso es. A ella le gustan las antigüedades. ¿No es cliente suya también?

—Sí. Lo ha sido… hasta desaparecer. Si no reaparece, ¿cómo va a poderle hacer su regalo, señor?

—Es lo que yo digo —sonrió Kent—. Pero aguardo que vuelva pronto. No ha podido sucederle nada, estoy seguro. Nadie se atrevería a, hacer daño a «Miss América, 1970». Si lo hacen así, terminarían los raptores en la cámara de gas.

Ella asintió, pensativa. Volvió a contemplar a Kent, con aire receloso.

—Nunca me habló de usted —dijo la muchacha con decisión—. Conozco a sus amigos más íntimos, como Marty Talbot y otros. Pero no a usted. ¿Seguro que es amigo de Laura?

—Claro, Jade. Soy su amigo —dijo Kent con serenidad, haciendo que el rostro de la muchacha reflejase nuevamente sorpresa—. ¿Qué esperaba, entonces? ¿Qué fuese un raptor?

—No es eso, pero… —hizo una pausa, entornando sus ojos rasgados. Tenía unas pestañas largas, azules, sedosas—. Discúlpeme,

señor. Los orientales somos desconfiados por naturaleza. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Alguien me lo dijo. Quizá fuese Laura, no sé. Jade Chang. Un bello nombre. Digno del lugar en que trabaja. Laura era buena cliente, ¿verdad?

—Sí. Usted debe saberlo, puesto que la conoce. Compra aquí a menudo.

—¿Directamente a usted?

—¿A quién, si no?

—¡Oh, suponía que al dueño del establecimiento! A Tao-Wang.

—El señor Wang rara vez sale a vender—señaló al fondo—. Está en la trastienda, con los objetos más valiosos, clasificándolos o etiquetándolos para la venta. Otras veces dispone las remesas especiales para Oriente, para el Este del país, para cualquier sitio de Europa… Él nunca está aquí. Es demasiado viejo para ello…

Mientras hablaba Jade estaba con la mirada fija en la figurilla de marfil del «Mago Kiang», como si tuviera que recordar las cosas que estaba diciendo. Kent contempló con curiosidad la cortina de piezas multicolores de bambú, articuladas con alambre, que separaba la tienda de la trastienda. Más allá de aquella frágil barrera de bambú estaba el viejo dueño de la tienda. Le hubiera gustado verlo. Pero no sería fácil. Ni contaba con una buena excusa.

—Creí que podrían serme útiles —dijo de repente Kent, tomando la estatuilla de marfil que había adquirido—. Teniendo en cuenta que Laura fue raptada por dos chinos, pensé que aquí pudieran darme una pista sobre ello. Creo que me equivoqué, Jade.

La chinita le contemplaba ahora con creciente estupor. Parpadeó dos veces, antes de responder con suave tono:

—Cielos, usted no es amigo de Laura Hazard. Usted… usted es un policía.

—Tampoco soy eso, Jade. Soy un hombre que busca la verdad. Y que presiente que empieza a estar cerca de ella. Usted, Jade, es amiga de Laura. Ayúdeme si puede.

—¿Cree que no lo haría a gusto? —miró hacia la cortina de bambú. Parecía que con recelo, con aprensión—. Pero no puedo hacerlo. La última vez que vi a Laura fue aquí, comprando una pieza para su colección. Entonces se iba a Florida, al concurso. Lo ganó. Y se fue a la Luna. No he vuelto a verla. Ella creo que pensaba dar un viaje alrededor del mundo cuando volviese Quizá también hubiera tardado en verla. Pero ahora… ahora es mucho peor.

Daniel Kent estudiaba fijamente a Jade mientras la oriental hablaba. Le parecía sincera. Después de todo, ¿por qué tenía ella

que saber nada? El hecho de que fuese de la misma raza que los raptores espaciales, ¿qué podía significar?

A Kent le hubiera gustado mucho más hablar con Tao Wang, el dueño del establecimiento. Pero eso no parecía fácil. Volvió a mirar hacia la cortina de bambú. ¿Era alucinación suya, o le había parecido descubrir vagamente una silueta enjuta, huidiza, que desaparecía tras la cortina de bambúes de colores, mientras estos temblaban tenuemente, al roce de la persona que se alejaba hacia el interior de la trastienda?

Volvióse hacia Jade, que le contemplaba fijamente. Le sonrió. La muchacha tenía la oscura mirada fija en él. Parecía realmente interesada en que la creyeran. Y Kent quería creerla. Era tan bonita, tan dulce, tan exóticamente deliciosa aquella criatura de faz menuda, casi de porcelana...

—Gracias de todos modos —dijo—. Creo que me ha ayudado bastante, Jade. Por si quiere alguna cosa de mí, le voy a dar mi tarjeta. Tiene el número de mí teléfono privado y el de mí oficina. No poseo televisófono, porque es un chisme muy costoso y yo nunca he tenido demasiado dinero. Tal vez lo instale alguna vez, pero ahora me hubiera gustado tenerlo.

—¿Por qué, señor? —preguntó ingenuamente la joven, tomando la tarjeta de cartiplast.

—Por si me llama alguna vez. Entonces no solo podría oír su voz, sino verla a usted. Y eso, créame, sería maravilloso...

Se inclinó, con una sonrisa, que la oriental correspondió con suavidad y gracia increíbles, sonriéndole a la vez que parpadeaba y bajando la cabeza leve, grácilmente.

—Hasta siempre, señor... —consultó la tarjeta—. Señor Kent. Si supiera algo o recordase algo referente a Laura, le avisaría, no lo dude. Le deseo mucha suerte. Encuentre a Laura o a, sus captores. Es una gran muchacha. Merece que se preocupe por ella.

—Puede estar segura de que así será. Sólo hace falta que Dios nos ayude —dijo Kent, ya desde la puerta.

Lanzó una última mirada a la cortinilla multicolor de bambú, ahora sin sombras de ninguna especie detrás, y salió a la calle. Campanilleó de nuevo la puerta tras de él.

Respiró con alivio, en la calle de las Mil Lámparas, del Barrio Chino de San Francisco. Ahora se daba uno cuenta, llenando sus pulmones de aire, del cargado, extraño ambiente de la tienda de antigüedades. Era como si allí dentro todo oliese a viejo. Todo a pasado, a polvoriento y vetusto. Todo, menos la fragante frescura, la juventud delicada de Jade Chang, la bella chinita...

Capítulo V
LA LLAMADA ANGUSTIOSA

ITUÓ sobre la repisa de la chimenea de su alojamiento la fea figurilla de marfil. La maligna faz del enjuto, viejo chino, parecía contemplarle sardónicamente desde allí, en un constante, burlón desafío. Kent la contempló ceñudo. No le gustaba



aquella estatuilla. No le gustaba nada que fuese demasiado antiguo, porque era hombre atraído por lo moderno, por lo futuro. Jamás por lo que ya había pasado, por lo que pertenecía a un mundo perdido en la noche de los tiempos y, por lo tanto, él consideraba que debía ser olvidado.

Daniel Kent pensaba que existía algo enfermizo en la propensión de ciertas personas a los objetos con siglos y siglos sobre sí. Incluso resultaba paradójico, inexplicable, que una mujer como Laura Hazard, una muchacha deportiva, juvenil, moderna y desprovista de todo prejuicio, amase cosas grotescas, feas y poco decorativas como aquéllas. Claro que esto era solamente el criterio de Daniel Kent. Pero para él, como para cualquier ser humano, su juicio era el más respetable y atinado de todos.

—Bueno, feo y viejo chino, ahí te quedas —dijo al «Mago», haciéndole una mueca burlona—. A mí no vas a embrujarme con tu magia, amiguito...

Luego dedicó su atención a otro paquete que tenía sobre la mesa. Después de su visita a la tienda de antigüedades de Tao-Wang, había acudido a otro establecimiento, haciendo una nueva compra que esperaba fuese más práctica que la de aquella horrible figura de marfil.

Abrió el envoltorio, separó papel y cuerdas, y terminó extrayendo un sobre o bolsa de plástico. De su interior extrajo un objeto flexible, elástico, de un asombroso color carne, aunque ligeramente oliváceo, como la tez de un oriental.

Con el objeto en sus manos, se dirigió a un espejo situado en su cuarto de baño. Allí se aplicó la pieza de goma al rostro, la ajustó.

Era una perfecta máscara o careta de goma, con las facciones de un oriental. Tenía una forma hemisférica en su parte superior, sobre el rostro fingido en goma, para que cubriese toda la parte de la cabeza. El resultado era que en vez de verse a Daniel Kent, en el espejo, era un chino rapado, de oblicua faz, color aceituna, quien se estaba contemplando en el azogado cristal. Un chino perfecto, de insospechada veracidad. Daniel Kent escudriñó, a través de las rendijas de la máscara elástica, flexible, singularmente adaptada a su propio rostro, los rasgos fisonómicos fingidos sobre la goma. Eran tan perfectos, que saltaba a la vista la facilidad con que una mujer como Laura Hazard pudo desaparecer a la vista de todos, con la sola ayuda de un traje masculino, unos zapatos, un sombrero y aquella máscara. La goma actual, con una mezcla de plástico, era muy superior en perfección a la de años atrás. Cualquiera, con aquella faz falseada, sobre sí, daría un tipo radicalmente irreconocible distinto al que en la realidad era.

Se despojó de la máscara con lentitud, la tiró sobre un mueble y se alisó los revueltos cabellos. El espejo le devolvió un gesto cansado y a la vez receloso, ensombrecido por reflexiones que distaban mucho de aclarar el misterio que rodeaba a la desaparición de una figura estelar de la belleza femenina, precisamente en lugares que estaban más cerca de las estrellas, allá en el cielo exterior, lejos de la superficie terrestre.

¿Por qué precisamente allí? ¿Por qué dos chinos? ¿Por qué la volvieron a la Tierra, en vez de esperar a que ella estuviese en el planeta, y poderla entonces raptar sin el menor riesgo para la integridad de los audaces captores?

Encendió un cigarrillo y paseó pensativamente por la estancia. Una nueva mirada a la máscara de goma le sugirió una fantástica posibilidad. ¿Y si los captores de Laura Hazard habían utilizado «también» aquellas máscaras de goma, fingiéndose chinos, cuando en realidad no lo eran en absoluto?

Eso serviría para apartar del camino de dudas y sospechas la inocente tienda de Tao-Wang, el anticuario. Resultaba melodramático colgar el sambenito del secuestro a un viejo comerciante, por el hecho de que fuese oriental y tuviera un negocio dedicado a los objetos inquietantes, siempre con apariencia de misterio, que son las reliquias y antigüedades.

La teoría le parecía factible. La misma máscara o careta flexible que ajustaron a la secuestrada, para llevársela del satélite artificial de jurisdicción internacional, intermedio entre la Tierra y la Luna, pudo ser la que cubrió el auténtico rostro de los captores.

Y seguían en pie las desconcertantes preguntas a las que Daniel Kent no lograba encontrar respuesta satisfactoria: ¿por qué raptaron a Laura? ¿Quién lo hizo, y con qué fin?

No habían pedido rescate. No se sabía nada de ella ni de su paradero. ¿Acaso un loco se enamoró de «Miss América» y pretendió secuestrarla por esa pasión insensata hacia la belleza nacional premiada en Miami Beach?

Era una posibilidad. Daniel Kent sabía que siempre han existido chiflados de esa especie, en todas las épocas y en cualquier lugar del mundo. ¿Por qué no entonces?

Pero tenía que ser un loco muy poderoso, para situar gente en una nave espacial, con el coste fabuloso de aquellos viajes, aún incipientes y difíciles y, por lo tanto, carísimos. Además estaban los problemas técnicos del rapto, demasiado arduos y complejos para un simple aficionado, llevado por el viento de una pasión estúpida.

Meneó la cabeza de un lado a otro, con aire dubitativo, casi negativo en realidad. No, no creía que eso sirviera para explicar tanta laguna de sombras y de misterio…

Irritado por no encontrar la menor razón o hipótesis factible y verosímil, aplastó el cigarrillo en un cenicero y se encaminó a la puerta. Tomó su chaqueta sin detenerse, y salió de su vivienda, cerrando con un seco portazo.

Daniel Kent no lo supo en esos momentos. Pero acababa de perder una importante baza en su juego contra el destino. Nada más pisar el corredor exterior, y alejarse de su piso a largas zancadas, vibró el timbre de su teléfono sin pantalla visora. El timbre repitió la llamada durante varias veces, en el apartamento vacío.

Kent no pudo oír la llamada. Nadie acudió.

Y eso iba a tener su importancia, su gran importancia en el curso de los acontecimientos.

* * *

Daniel Kent esperó, después de llamar. No tuvo que aguardar mucho.

La puerta del lujoso edificio de Telegraph Hill, donde residían los Hazard, se abrió. Un estirado, impecable mayordomo, de uniforme gris y aspecto impertérrito, le hizo pasar. Cuando Kent dio su nombre y pidió ver al señor Hazard, el mayordomo se alejó en silencio, sin un gesto ni una palabra, señalando simplemente con su mano derecha, en un ademán seco, fríamente cortés, una butaca para que Kent esperase cómodamente.

Daniel se mantuvo en pie, mirando curiosamente la suntuosa residencia de Nublo Hazard con sus pantallas de televisión empotradas en el muro, sus televisófonos plateados, sus resortes de clima artificial, en los brazos de las butacas, sus confortables asientos, de espuma, sobre soportes flexibles, su mobiliario, rectilíneo y ultramoderno, de acuerdo con la famosa, funcional y estética «línea 70». En diez años el mundo había cambiado mucho respecto a comodidades, progresos técnicos y medios de vida. El mundo cambiaba siempre. Era de suponer que cuando se llegase al límite del siglo, al esperado año dos mil, las cosas serían superiores, incluso, a lo imaginado por los autores de «Ciencia-Ficción» y todo lo demás.

Nublo Hazard le hizo pasar rápidamente. Lo encontró erguido en un *living* confortable y suntuoso, ante una maleta abierta, de piel blanca y azul, muy bella y estética.

—¡Hola, Kent! —el millonario estrechó su mano con calor—. ¿Algo nuevo?

—Estoy furioso, señor Hazard —replicó Daniel—. No hay nada nuevo. E incluso aquello que más me atraía, una posible pista, se ha reducido a la nada. O poco menos. No sé por dónde voy, pero creo que estoy dando palos de ciego y moviéndome en un mar de tinieblas, sin el menor sentido de orientación.

—¿Se da ya por vencido? —preguntó amargamente Hazard.

—No. Eso no. Quizá lo esté, pero no me doy por derrotado tan fácilmente. Aún hay que buscar por otros lados, ahondar en otras cosas complejas que no logro entender… —se quedó mirando la maleta del millonario, con aire pensativo, y añadió—: ¿Se marcha quizá de viaje?

—¡Oh, no! Es la maleta de Laura, mi hija. Iba en la aeronave de la Luna, donde usted cree que Laura fue traída a la Tierra, bajo un aspecto distinto…

Daniel Kent achicó sus ojos, sorprendido. Sin decir nada, avanzó hacia la maleta, la contempló. Había prendas íntimas, saliendo de las ropas y libros, con esponjosa indiscreción multicolor. Vio una cámara de filmar en color y estereoscopio. Y mil cosas más, estuches de tocador, perfumes y todo eso.

Sus dedos, tras una consulta muda con la mirada al millonario, que encontró respuesta Igualmente muda, pero afirmativa, recorrieron, pensativamente, el equipaje, removieron prendas objetos… hasta cerrarse sobre algo.

Lo tomó entre los dedos, lo alzó, lenta, pensativamente. Hazard y él lo miraron.

—¿Qué es eso? —preguntó el millonario.

—Una antigüedad. A su hija le gustan las antigüedades, ¿no es cierto?

—Sí. Me olvidé de decírselo. No creí que tuviera importancia. Pero nunca le vi ese objeto. Ni en su cuarto ni en el club juvenil de Fisherman's.

—Cierto. Yo tampoco lo vi antes… hasta que adquirí uno por mí mismo —sopesó la estatuilla de marfil del viejo, maligno, enjuto «Mago Kiang». Era idéntica a la suya—. ¿Por qué se lo llevaría a la Luna consigo? Es una pieza horriblemente fea, aun para un coleccionista. Y, a pesar de lo que digan quienes lo venden, creo que tiene escaso valor. ¿Deja que me lo lleve, señor Hazard?

—Por supuesto —Nublo se encogió de hombros—. Puede hacerlo, Kent. Llévéselo, y haga lo que quiera con él. Me parece tan fea y odiosa esa estatuilla, como a usted.

—Gracias —la guardó en su bolsillo, descuidadamente—. Volveré pronto. Quiero volver a la pista que había descuidado. Es posible que siga siendo falsa y no lleve a ninguna parte. Pero no sé por qué, estas antigüedades me resultan a veces siniestras, crueles… como si tras ellas se ocultara algo. Algo que no me gusta… y no sé por qué.

Salió, dejando perplejo y sombrío al millonario. Regresó a su vivienda con aire reflexivo, sombrío. Sin darse cuenta, sus dedos jugueteaban, dentro del bolsillo, con los contornos de la talla en marfil que representaba al milenario mago oriental…

* * *

Entró, tirando la chaqueta a un lado, según era costumbre en él. Se acercó a la repisa de la chimenea u hogar al viejo estilo. Depositó la nueva estatuilla junto a la suya. Eran iguales, como una gota de agua a otra. El trabajo en serie del antiguo artífice oriental había sido perfecto. Quizá demasiado perfecto. Kent estaba seguro de que aquello no era una antigüedad en modo alguno. Podía parecerlo, y quizá fuese marfil auténtico, y legalmente no se pudiera acusar de estafa al viejo Tao-Wang, por venderla a cincuenta dólares.

Pero si era una burda imitación de una pieza antigua, ¿por qué Tao la vendía? Y, sobre todo, ¿por qué la adquirió Laura, que entendía de objetos de arte con años o siglos encima?

Allí había algo que no entendía. Dejó la estatuilla junto a su hermana gemela, y paseó irritada— mente, fumando con nerviosismo otro cigarrillo, la mirada perdida en un punto

indefinido de su gabinete.

De repente se paró en seco.

Estaba sonando el teléfono.

Lo contempló con fijeza, avanzó hacia él, mientras seguía repitiendo, insistente, mecánico, su llamada. Casi puso violencia en levantar el auricular.

—¿Dígame? —habló.

—¡Oh, gracias a Dios! —susurró una voz melodiosa, que le pareció familiar—. He probado diversas veces a llamarle, sin resultado.

—Estaba fuera. ¿Quién es usted?

—Jade. Jade Chang.

—¡Jade! Soy yo mismo, Kent. ¿Qué desea de mí?

—Es… es algo terrible, señor Kent. O quizá no tenga importancia, no sé. Pero usted debe de saberlo… Creo que debe de saberlo…

—¿Saber el qué, Jade? Hable, por Dios… ¿Qué es lo que ocurre?

—Señor Kent, yo… yo «tengo miedo».

—¿Miedo? ¿A qué, Jade? ¿Por qué tiene miedo?

—Es… es algo indefinible, algo que haría reír a la policía si se lo contara. Pero a usted sí quiero decírselo, Kent… Por favor, dígame si soy una loca, una tonta asustada, o si tengo razón para sentirme llena de temores.

—La escucho, Jade. Hable sin miedo. Soy un hombre que no duda de nada hasta comprobar que no puede ser posible. Y se asombraría de la de cosas que la gente considera improbable, y que ciertamente sucedieron así. ¿Qué es lo que sucede?

—Yo… yo me sorprendí de que el señor Wang me hiciera muchas preguntas sobre usted, cuando se hubo marchado. Al parecer, había escuchado algo de la conversación… y quería saber por qué fue a la tienda, por qué habló conmigo tanto tiempo y todo eso…

—Sí, creo que nos escucharon, ciertamente —asintió Kent—. Siga. ¿Qué más pasó?

—Verá, señor Kent. Yo no pude ver el gesto de mí patrón… porque él siempre está en la oscuridad, y rara vez le veo la cara…

—¿En la oscuridad? —se asombró Daniel—. ¿Y por qué, Jade?

—Es ciego. No ve nada. Trabaja a tientas, en su trastienda sin luces… Pero yo… yo me sentí asustada, sin saber por qué, al hacerme tantas preguntas, con un tono muy raro. Y cometí un error. Me quejé de la oscuridad, encendí la pequeña linterna que siempre llevo conmigo…

—¿Y qué? —preguntó Kent roncamente. Había sentido el estremecimiento de la joven, al otro lado del hilo, el trémolo de terror de su voz. Y sin saber la razón, se sintió contagiado de aquel raro fluido de miedo, de angustia, de aprensión hacia algo. Algo desconocido, tenebroso como las sombras mismas que rodeaban al ciego chino dueño del almacén de antiguallas—. ¿Qué, Jade…? ¡Hable, por Dios!

—Mi patrón chilló, al encender yo la luz. Parecía… parecía como si pudiera verla… y yo, asombrada, vi allí, en la mesa, ante él… la colección completa.

—¿La colección? ¿Qué colección?

—Un… un diminuto museo de figurillas maravillosas, en porcelana o cristal, no sé… Una serie asombrosa de tallas perfectas, que parecen reales.

Animales prehistóricos, seres de todas las épocas… Había cientos de figurillas maravillosas, cada una de las cuales debe valer una fortuna… ¡Pero entonces advertí que una de las figuras era la reproducción exacta de Laura Hazard, con su banda de «Miss América, 1970» y todo!

El horror sacudió a Kent. Sin saber la razón, la mención de aquel museo del ciego, en el que se contaba una reproducción exacta de la desaparecida, le asustó terriblemente.

—¡Cielos, Jade! ¿Está segura de eso? —preguntó—. Wang no puede tener una reproducción de Laura, ¡eso es imposible!… ¿Quién y cuándo pudo tallarla, si ella no volvió a San Francisco, después del concurso de Miami Beach?

—No sé… no sé, señor Kent… Pero me asusté terriblemente. Eché a correr, hui de allí, mientras el ciego Tao-Wang echaba a andar tras de mí, a trompicones, hablando en un lenguaje chino que yo ignoro… quizás un antiguo, un viejo dialecto de mí Patria… Pude escapar de la tienda… Gracias a Dios pude escapar de allí… y meterme en casa. Estoy encerrada aquí, Kent… No me atrevo ni a salir…

—No tema. Yo iré a buscarla, si lo prefiere. No sucederá nada. Y espero que no vuelva a esa tienda. Al menos, no volverá sola.

—Cielos, claro que no… No solo por ese museo de figurillas que jamás vi yo antes… No solo por la figurilla de Laura, que me produjo un efecto escalofriante, en aquella mesa cuajada de tallas…

—Lo imagino. Tiene miedo a su jefe, al viejo chino, ¿eh?…

—Dios mío, es para tenerlo… Si usted le hubiera visto… Si hubiese visto a Tao-Wang allí… Su cara… su cara era…

Hubo una pausa. Un raro silencio. Daniel Kent apremió:

—Sí, sí. La escucho...

—¡Kent! —la voz de ella fue ahora un chillido. Un terrible, espeluznante grito, que hizo vibrar el teléfono—. ¡Kent, han abierto la puerta de mí vivienda! ¡Están entrando!... ¡Noto los pasos! ¡Son los pasos de... de un ciego, Kent...!

—¿Está loca? —aulló Kent, sintiéndose lívido, advirtiendo que el sudor, frío y pegajoso, corría por su cara y humedecía sus manos, hasta hacer resbalar el teléfono entre los dedos—. ¡Eso es imposible, Jade!

La muchacha grito:

—¡No, Kent...! ¡Es un ciego! ¡Los pasos inciertos!... ¡Oh, noooo! ¡La puerta... la puerta del gabinete... se está abriendo! ¡Ya entra!... ¡Ya entra, Kent!... ¡Nooooo!

Era una negación estridente, un chillido estremecedor. Luego un seco «crac» sonó en el otro extremo del hilo. El silencio se hizo absoluto. Kent martilleó furiosamente con una mano trémula la horquilla, pidiendo comunicación.

—¡Jade! ¡Conteste, Jade! ¡Por el amor de Dios, responda! —aulló una y otra vez, en un esfuerzo supremo, angustioso, por reanudar la charla, cortada tan horriblemente— ¡Jade, hable! ¡Vamos, hágalo, por Dios...!

No logró nada. No contestaban. Un silencio ominoso, de muerte, respondía a sus esfuerzos a través del receptor.

Rabiosamente, martilleó de nuevo en el teléfono, sin resultado. Cerró el contacto, luego volvió a llamar a un número de emergencia de la Central. Pidió, trémulo:

—Aquí detective privado Daniel Kent. Es muy urgente, cuestión de vida o muerte. Deme el número de teléfono, de quien me ha llamado y ha cortado hace un momento. Y su dirección, una vez localizado. ¡Es urgentísimo!

La operadora asintió. Durante los cuarenta segundos siguientes un hombre esperó, vibrando, la respuesta de la central. Por fin se la dieron:

—Abonada, Jade Chang. Número de televisófono, con ramal exclusivamente para teléfono sin imagen también, FR. - 119-672. Canton Street, China Town.

Colgó Kent con celeridad, abrió un cajón de la mesita inmediata, y extrajo su pistola automática, de proyectiles térmicos. La guardó en su bolsillo y echó a correr hacia la puerta.

Un dogal de angustia, de terror, se cerraba en torno a su cuello y a su corazón.

Sabía que, por fin, había encontrado acaso la pista buscada. Pero

¿qué horror se ocultaba tras la pista que ahora, de súbito, conducía a una bella chinita aterrorizada, a una colección de figurillas cristalinas, entre las que se encontraba la de Laura Hazard, y un viejo chino ciego, que se movía en las sombras… y a quién Jade creía haber oído avanzar hacia su propio gabinete?

Acaso eran imaginaciones de la asustada muchacha.

Eran piezas inconexas, pistas y datos absurdos, incongruentes… pero ¿no sería demasiado horrible, demasiado estremecedor, el nexo que pudiera ligar todo eso, y darle una consistencia, un significado concreto, acaso aterrador?

Daniel Kent temía eso. Y, sobre todo, temía ahora por la suerte de Jade, la bella oriental que hiciera la llamada de angustia tan brusca, siniestramente cortada…

Capítulo VI
CERCO DE TINIEBLAS

ANIEL KENT contempló el panorama. Aparentemente, todo estaba en orden. Muebles, objetos... incluso el teléfono, sobre la mesita baja, coquetona, situada junto a un diván de color verde esmeralda. Detrás, un biombo laqueado mostraba los ser



penteos multicolores, exóticos, de un dragón entre llamas y signos chinos.

—¿Y bien, señor? —habló el encargado del apartamento, con gesto irritado—. ¿Sigue insistiendo en que aquí ha sucedido algo violento, hace unos minutos?

Todo lo que sucedía era muy extraño.

Daniel Kent asintió con un movimiento seco de cabeza, a, pesar de que sabía que no iban a creerle. Ni el dueño de los apartamentos donde vivía Jade, ni el detective del edificio, ni la patrulla policial, que no tardaría nada en llegar, a la llamada de estos.

El propietario era un indochino elegante, bien ataviado, sonriente y correcto. Pero su escepticismo en ese sentido era muy amplio.

—Todo está en orden —avisó fríamente el detective del local, que era un hawaiano de aspecto casi occidental—. Ni siquiera el teléfono está cortado, como usted sugirió.

—Puede que desconectaran su enchufe, sin cortar el cable —replicó Kent, malhumorado—. En cuanto a la señorita Jade Chang, ¿dónde está, en ese caso?

El detective sonrió, con aire burlón, y avanzó hacia Kent.

—En conserjería me han informado hace un momento —explicó—. He preferido aguardar, hasta ver adonde llegaba usted con su fantasía de una llamada de apremio, un rapto y todo eso... Mientras yo avisaba a la policía, el conserje me informó. La señorita Jade Chang salió con dos amigos suyos, dos orientales como ella, amistosa y normalmente, dejando dicho que no volvería en varios días, por salir de San Francisco para un breve período de

vacaciones. ¿Convencido, señor Kent?

—¡Nooo! —aulló Daniel, furioso— ¡Es un rapto, ahora estoy seguro! ¡Dos orientales se la llevaron! ¡Dos hombres que quizá ni siquiera son chinos, sino hombres con una máscara de goma, para dar esa impresión!

El dueño de los apartamentos y el detective se miraron, riendo descaradamente. Daniel sintió deseos de borrarles la sonrisa a puñetazos. Se apartó, dando pasos furiosos, hasta detenerse ante un mueble tocador, con un gran espejo. Clavó los ojos en una figurilla siniestra, erguida entre frascos de perfume, de cosméticos y todo eso.

Un chinito en marfil. Uno de aquellos antipáticos, horribles «Magos Kiang». Igual al de Laura, al suyo propio. Lo hubiera roto, de buena gana. Pero quizás eso haría aumentar las sospechas en los otros dos, sobre su estabilidad mental.

Valía más esperar a la policía, en el desierto apartamento de Jade Chang, donde ella faltaba, tras la llamada interrumpida. De donde, según los empleados del edificio, ella se había ido por su propia voluntad, con dos chinos. Dos chinos que, quizá, fuesen solo dos personas enigmáticas, cubiertas con caretas de goma, de facciones orientales.

Su angustia por la suerte de Laura Hazard, por su paradero actual, habíase eclipsado por otra angustia más apremiante y tensa: ¿cuál era la suerte de Jade, la bonita, menuda y dulce oriental? No sabía la razón, pero ahora sí tenía miedo. Miedo por ella, por su destino...

* * *

Todo había llevado el peor de los caminos.

La policía confirmó lo erróneo de sus temores, no halló la menor señal de violencia, y en cuanto a su relato, de un ciego avanzando hacia Jade, les pareció una majadería. Se le avisó de que no volviese a hacer denuncias estúpidas, y una llamada policial a Tao-Wang confirmó que Jade, con unas vacaciones de un mes, se había, ausentado voluntariamente de la ciudad ese mismo día. El propio anticuario respondió a la llamada policial. E invitó a los agentes a visitar su casa, si lo deseaban, para charlar personalmente con ellos.

—Jade Chang declaró que un ciego se acercaba a ella —insistió Kent entonces—. Ella estaba segura de que era Tao-Wang, su patrón...

—¿Se ha vuelto loco? —rio el teniente Nash, de la policía—. ¿Ha

dicho usted que Tao-Wang es el patrón de Jade Chang?

—Eso dije. Ese viejo y ciego chino es un ser extraño. Tiene un museo asombroso de figuras y…

—Espere, señor Kent—atajó el policía—. Algo funciona mal en sus ideas, o le han tomado el pelo a conciencia. ¿Usted no sabe que Tao-Wang fue solamente el fundador de esa tienda, y que cuando lo hizo, en 1830, tenía ya casi setenta años?

—No importa. El de ahora será un descendiente suyo.

—Mire, Kent, hará bien en tomar copas de menos —rio el teniente— El tal Tao-Wang no dejó familia alguna, ni hay ningún Tao-Wang hoy en día. Esa tienda que usted cita, donde trabajaba Ja — de, es propiedad de una sociedad de anticuarios y un cantonés de mediana edad, que por cierto aparece pocas veces por el negocio, la regenta normalmente. No hay ningún viejo chino, ciego, sordo ni mudo. Y no existe trastienda.

—¿Eh? —parpadeó Kent, sorprendido—. ¡Usted está loco, teniente, no yo!

—Si quiera comprobarlo, venga conmigo —replicó pacientemente Nash—. Soy el jefe de este sector de China Town y me conozco todos los rincones. Hace cien años que en esa tienda había una grande, destartalada trastienda. Después del terremoto de 1900, se levantó otro edificio, el actual. Siguió llamándose tienda de Tao-Wang por tradición. Nada más. Pero el terreno era mucho menor, porque quizá no se ha parado usted a mirar que, a espaldas de la tienda, y reduciéndola justamente a sus actuales dimensiones, estrictamente la de la tienda o establecimiento que ve el cliente, hay un cinematógrafo, cuya fachada da a la calle situada a espaldas de la tienda. El muro del cine cierra por completo el muro donde se ha fingido una puerta de cañas de bambú, sin otra cosa detrás que un muro de ladrillos, a menos de cinco centímetros de distancia de las cañas, y sin posible paso a parte alguna, ya que el muro del cine es sólido, real, y no puede haber pasadizos, ni siquiera secretos o cosas así. ¿Entendido, Kent? Pues si quiere comprobarlo, vaya en cualquier momento allá, y lo verá por sí mismo. Pero por Dios, no me venga con historias de fantasías tenebrosas. El Barrio Chino de San Francisco no es un nido de delincuentes, secuestradores, fumaderos de opio y todo eso como la gente creyó durante años, sino un barrio industrial, productivo y trabajador, con el tipismo de sus habitantes, honrados y serios como el que más. Aquí termina el incidente, señor Kent, y le agradeceré que no vuelva a provocar otros con estúpidas denuncias sin sentido. Buenas noches, y hasta nunca…

Aquel fue el final de sus esfuerzos. Daniel Kent no encontró otra solución que irse a un establecimiento de bebidas y tomarse dos «whiskies» sin soda. Ahora sí que iba a beber. Después de lo que la policía le comunicara, con toda seriedad, su relato entero parecía un disparate rotundo.

Claro que la historia de la trastienda, del viejo chino ciego, de las figurillas de cristal o porcelana y todo eso, solamente lo sabía a través del relato de Jade. Ella pudo mentir. Pero ¿se equivocó él, al creer ver una sombra tras la cortina de bambú? ¿Mentía Jade para sostener el tipismo de la tienda ante la clientela? Si era así, tenía su justificación comercial. Pero luego, la llamada... Y aquella extraña alusión a la figurilla, reproduciendo a «Miss América, 1970», sobre una mesa repleta de figuras, en la trastienda... Y los pasos del ciego...

Se estremeció. Quizá fuera cierto. O él estaba loco, o alguien le estaba tomando el pelo, divirtiéndose a su costa... Todo eso entraba dentro de lo posible.

Pero... ¿y la llamada? ¿Y el enigma de la desaparición de Laura Hazard, secuestrada por dos chinos en el espacio, entre la Tierra y la Luna?

Eran enigmas, incógnitas sin aclarar... pero cuya solución tenía que estar en alguna parte.

Y, obstinadamente, Daniel Kent volvía siempre su atención a un mismo lugar, que ejercía sobre él un influjo igual al que hubiese ofrecido un poderoso imán sobre un simple alfiler: la tienda de antigüedades...

* * *

Un hotel, un restaurante, otro hotel... luego, un establecimiento de especias, un bazar, otro restaurante... Y luego, la fachada verde del anticuario.

Daniel Kent se detuvo ante el edificio de la tienda de antigüedades. Los faroles o lámparas chinas que salpicaban de luz multicolor las calles, colgando sobre las aceras, en una doble línea luminosa e irisada, se oscurecían en un cincuenta por ciento, a partir de la medianoche. Y esa medianoche había quedado ya atrás. Muy atrás.

Kent consultó la hora: eran las dos menos cuarto de la madrugada. Apenas circulaba nadie por Grant Avenue, o «The Street of a Thousand Lanterns». Solamente algún automóvil, rápido y silencioso, y alguna pareja de orientales que desfilaban en

silencio, aceleradamente, perdiéndose de repente en cualquier esquina.

Miró a un lado, luego a otro. Después, su mirada se clavó en los escaparates, protegidos por el cierre metálico, de enrejado a base de rombos de hierro. El enrejado también cubría la angosta entrada a la oscura tienda de objetos antiguos.

Pero eso no era obstáculo grave. No podía serlo para un detective con recursos. Y Daniel Kent lo era.

Se inclinó con celeridad. El cierre tenía doble sistema: un candado y un pestillo con cerradura. Probó primero el candado. Fue el más simple. A la tercera llavecilla maestra que probó, un chasquido marcó su apertura. Luego, atacó el pestillo, tras una nueva mirada a un extremo y otro de la calle iluminada, desierta, casi silenciosa, con sabor a Oriente, con aromas de Cantón o Pekín, con aire de Shanghái o Ceilán.

El lugar resultaba exótico y misterioso.

Esta vez fue difícil. Tuvo que detenerse, mientras una chinita y un occidental, enlazados y amorosos, pasaban lentamente, arrullándose, hasta perderse en la puerta luminosa de un «night-club» que dejó escapar una ruidosa ráfaga al abrirse a su paso.

Luego continuó la tarea. Y a la undécima intentona, cedió el pestillo, con un suave deslizamiento, amortiguado por el perfecto engrasado del cierre. El paso estaba franco. O casi franco. Faltaba la puerta, aquella provista de la campanilla, que servía para entrar al establecimiento.

Pero eso no era obstáculo tampoco, una vez salvada la parte más difícil y ardua del empeño. Daniel Kent se introdujo con rapidez en el angosto hueco formado por la entrada, entre ambos escaparates, y recurrió a una palanca vibratoria, de tipo eléctrico y determinada frecuencia regulable, según un pequeño botón de paso de corriente y ritmo vibratorio.

La palanca vibrátil, introducida su fina, aguda espátula entre la juntura del cristal y el marco de madera, entró en acción al presionar Kent el botón de funcionamiento. La pila eléctrica que lo hacía funcionar provocó la vibración, que pasó de una a otra intensidad, hasta que coincidió con el grado soportable por la hoja de duro, vulgar vidrio de la puerta. Sin ruido, sin quebrarse, como un fino polvillo cristalino, se disolvió de pronto la hoja de vidrio. Al coincidir su graduación vibrátil con su corporeidad, se provocó la desintegración total, silenciosa, que vació el hueco rectangular de la entrada.

Daniel Kent sonrió, guardando el objeto. Era un sistema vulgar

de franquearse el paso a todos los lugares donde hubiera obstáculos así, sin provocar el estruendo alarmante de una rotura de vidrios, totalmente inadecuada para la cautela, el sigilo de ciertas operaciones. Como en esta que ahora llevaba él a cabo...

Se detuvo, enjugándose el sudor del rostro. No había advertido nadie la maniobra. Echó suavemente el cierre de nuevo. En apariencia, todo estaba igual en la tienda de Tao-Wang. Pero en realidad las cosas eran muy distintas. Él estaba dentro, él tenía el paso libre al interior. Y desde el exterior, nadie sospecharía eso en aquel momento.

Pasó con un elástico salto al interior. Se encontró pisando la tienda oscura, con olor indefinible a marfil, a sedas, a maderas aromáticas, a sándalo, a laca y a barniz. También a polvo, a vetustez, a quietud casi eterna...

La campanilla no sonó. Nada se conmovió dentro de la tienda. Kent avanzó, moviéndose entre los escaparates cuajados de objetos diversos, entre las carátulas que las luces de la calle hacían resaltar con unos extraños, alucinantes contrastes, como vivos, crispados rostros de un Oriente ya muerto, que pretendía resucitar, en un mundo de espectros demoníacos, silentes y atroces.

Daniel llegó hasta la puerta de cañas de bambú, multicolor y ruidosa. La rozó con sus dedos, sin atreverse a mirar más allá. Era como encontrarse ante una muralla, ante la Puerta a lo Desconocido. Casi sentía la impresión física de esa sensación sorprendente, inexplicable.

¿Qué había más allá? ¿Realmente el muro de ladrillo y de cemento citado por el policía del Precinto de China Town? ¿O... algo más?

Y si realmente había ese «algo»... ¿qué podía ser? Daniel Kent vaciló unos segundos. El roce de sus dedos con las cañas, las hizo resonar suavemente, con un entrechocar que evocó lejanos ecos dantescos de huesos, en un aquelarre imposible, en una danza macabra inaudita.

De repente, tomó una decisión. Y levantó la cortina de cañas, con un tirón violento de sus hileras colgantes.

Enfocó sobre el oscuro, inquietante interior, el foco brillante, circular, de su lámpara, eléctrica. La luz reveló lo que había más allá de la puerta de cañas.

Nada.

Absolutamente nada de nada. Un muro de ladrillos, sólido y hermético. Sin ranuras, sin intersticios, sin aberturas, sin fragilidad de ninguna especie.

El policía había tenido razón. La historia de la trastienda, del viejo chino, del museo de figurillas y todo eso, era falsa. No era nada. Nada, como la propia trastienda que ni existía.

¿Por qué había mentido Jade Chang, la bella chinita, antes de desaparecer?

—Señor, levante sus manos y no trate de resistir... ¡o haré fuego sobre usted!

La voz había llegado a espaldas suyas. Una voz firme, rotunda, enérgica. Daniel Kent alzó sus manos. La lámpara se proyectó sobre el techo de la vieja tienda. Un escalofrío recorrió todo su ser, en tanto se preguntaba quién sería la persona que le amenazara tan súbita, tan inesperadamente.

Sólo sabía que la amenaza no era simple broma. Luego, sonó un chasquido. Y la voz habló de nuevo. Pero ahora no se dirigía a él, sino a alguna otra persona, a través de un teléfono:

—¿Oiga? Aquí hay un intruso... Un ladrón tal vez, no sé... Ha entrado por la fuerza en la tienda. Sí, le tengo reducido. Pueden venir a recogerle. Cuidaré de que no escape, esté tranquilo...

Daniel Kent oyó de nuevo el chasquido que marcaba el final de la conferencia, de la rápida charla telefónica. Con la policía seguramente.

Se volvió, aun a riesgo de sufrir una dura represalia de su captor imprevisto. No sucedió nada, sin embargo. No vio absolutamente a nadie detrás suyo. Todo seguía igual.

Clavó los ojos en el teléfono situado sobre un estante interior de la tienda, entre dos hileras de viejas figurillas marfileñas. Tampoco allí había persona alguna. Pero, sin embargo, alguien había tenido que utilizar el teléfono.

Buscó, siguió buscando, siempre en pos de la persona que hiciera la llamada, que le amenazase con acento seco, tajante, ominoso, momentos antes.

Aunque pareciera increíble... estaba solo en la tienda.

Resueltamente, y sin vacilar más, echó a andar hacia la salida. Iba a intentar salir. Iba a pretender escaparse, y si el hombre oculto quería dar la cara, tendría que hacerlo entonces, o él se marcharía de allí antes de que el fantasmal personaje diera señales de vida.

—No se mueva —avisó la voz, surgiendo de algún sitio, solo Dios sabía de cual—. ¡No se mueva, señor Kent!

Daniel Kent, perplejo, miró en torno, con auténtico estupor. Estaba seguro que quien hablaba ESTABA ALLÍ. Pero ¿dónde?

—Voy a moverme, a pesar de todo —avisó fríamente Kent, haciendo girar sus ojos agudamente en torno, escrutando cada

rincón, oscuro o a media luz, de la tienda de antiguallas—. Voy a marcharme. Y si quiere intervenir para evitarlo, quienquiera que sea… ¡tendrá que matarme!

Una risa hiriente, larga, sarcástica, sonó en alguna parte de la tienda. De nuevo sus sagaces pupilas escudriñaron los lugares susceptibles de ocultar a alguien. Inútilmente otra vez. Y la voz misteriosa, desconcertante, avisó con tono glacial:

—Yo no necesito matar, señor Kent… Puedo darle a elegir una suerte entre dos. La entrega a la policía, que le calificará de loco o de estúpido… o esa puerta de bambú que acaba de levantar…

—¡En esa puerta no hay nada! —rugió Kent, irritado.

—Es lo que usted cree, Kent. No hay nada para los ojos humanos. No hay nada para usted, para los que son como usted. Pero para «nosotros»… hay un mundo. Un mundo ignorado que nadie imagina… un mundo que todo el que lo vio antes no pudo describirlo a nadie… porque pasó a formar parte de él.

—Tal vez hubo antes alguien que habló de él. ¿Lo olvida acaso?

—No, no lo olvido. Solamente una persona pudo hacerlo: Jade Chang. Y ella ya fue llamada más allá de la Puerta… Solamente usted la oyó y la creyó… Y AHORA, SERÁ CONSIDERADO UN LOCO… O SERÁ UNO MÁS, AL OTRO LADO DE LA PUERTA…

Daniel Kent se estremeció, palideciendo. Y no solo por lo que le estaban diciendo. Sino porque, al fin, había localizado el lugar de donde procedía… Había visto el brillo, el movimiento maligno de unas pupilas… el indudable aliento de vida de una figura. Una figura que, en buena lógica, jamás pudo haber reflejado vida alguna…

¡UNA DE LAS DIMINUTAS FIGURILLAS QUE REPRESENTABAN A «KIANG, EL MAGO», UNA DE LAS PEQUEÑAS REPRODUCCIONES EN MARFIL CRISTALINO… ESTABA DOTADA DE VIDA PROPIA…!

¡Estaba hablando… HABLANDO, mientras MOVÍA SUS OJOS Y SUS MÚSCULOS PETRIFICADOS, desde la estantería donde reposaba frente a él!

Capítulo VII
MAS ALLA DE LA «PUERTA»



ANIEL KENT se tambaleó, presa de un horror alucinante.

Su razón, su sentido, le decía que no. Aquello no era posible. Pero ESTABA OCURRIENDO ante él. Un simple muñeco, un objeto inanimado, diminuto... ¡ERA SU ENEMIGO!

Sintió que le temblaban las piernas. Por primera vez en su vida se sentía inseguro, aferrado por invisibles raíces al suelo, petrificado por aquella sensación de terror súbito que había helado su sangre, que erizó los cabellos de su nuca.

No le importó ser cobarde. En vez de enfrentarse al inaudito peligro, en vez de luchar, de afrontar «aquello», hizo lo que jamás hiciera antes Kent. Huir, correr, escaparse como una alma poseída por Satán, hacia la salida de la tienda.

Pero la voz lo había dicho: No iba a dejarle partir.

De súbito, sucedió algo. Las sombras inanimadas cerca de la puerta y los polvorientos escaparates, cobraron vida también. Emergieron dos figuras, dos sombras humanas, de dimensiones normales, cerrándole el paso.

Daniel Kent vio quiénes eran, a la difusa luz exterior. Dos hombres fornidos, anchos. Dos hombres con cráneo pelado, con rostro oriental, en el que los ojos, malignos y almendrados, se fijaban en él, diabólicamente.

Cerraban el paso hacia la salida. Se movían hacia él, pesadamente. Observó, con un estremecimiento, que no podía estar seguro de su nacionalidad o raza. Aquellas caras de orientales eran simples máscaras de goma, ceñidas a su rostro y cabeza. Brillaba la falsa calva de sus cráneos cubiertos de goma color oliva. Se arrugaban, en falso gesto, los músculos faciales gomosos, postizos.

Rápido, desenfundó su pistola térmica. Disparó sobre ellos sin pronunciar palabra. Silbó la bala explosiva, generando calor corrosivo al estallar sobre los dos hombres. Vio arder sus ropas, las máscaras de goma... pero no cesaron de andar, de moverse hacia

él...

—¡Cielos, no! ¡No es posible! —jadeó, disparando de nuevo—. ¡Sólo arden sus ropas y sus máscaras!

Pero era posible. Ellos no sufrían daño alguno. Bajo las ropas chamuscadas, bajo las máscaras abrasadas, derretidas, surgió su auténtica piel. Y Daniel Kent, angustiado, trémulo, desesperado, cargó contra ellos al comprobar que sobre esa piel real los proyectiles mortíferos de su moderna arma eran inofensivos como simples piedrecillas.

La piel que advertía bajo sus ropas era escamosa, de un verde azulado, duro y horripilante... ¡Aquellos hombres tenían epidermis de peces!

Golpeó con la pistola sobre el rostro atroz, espeluznante, que emergía bajo la máscara de goma... Un rostro achatado, sin nariz, con una boca ancha, alargada, entre escamas azules, bajo unos redondos ojos amarillos de oscuras pupilas, que no parpadeaban siquiera porque no tenían párpados.

Ahora todo estaba claro. La razón de sus máscaras, de su aspecto falso de orientales. No eran orientales, no eran siquiera humanos.

Eran otra clase de seres... Quizá ni siquiera procedían de la Tierra...

Unas manos enguantadas, que acaso ocultaban zarpas horribles, se abatieron sobre Kent cuando pretendió luchar con ellos, de igual a igual. Sintió un golpetazo formidable, como si las manos fuesen de hierro. Como si fuesen zarpas de un enorme león o un oso.

Se sintió lanzado contra la pared, por ese solo manotazo. Golpeó una armadura «samurái», que derribó estrepitosamente, rompió un costoso jarrón de porcelana milenaria, y fue dando tumbos, de acá para allá, hasta que otra de las manazas enguantadas de los monstruos escamosos, de cuerpo humanoide y cabeza de pez, de piel recubierta de durísimas escamas, le dio alcance con otro manotazo terrible al rostro.

Sintió brotar sangre de su nariz dañada y retrocedió pegándose violentamente contra una vidriera posterior de un escaparate. Se quebraron los vidrios, algunos se hicieron en su cabeza y manos, al pretender frenar el impulso de la caída. Un dolor lacerante y horrible sacudió todo su cuerpo. Un tercer manotazo de uno de los superhombres que le atacaban le abatió inconsciente, con un gemido que se confundió con la risa larga, demoníaca, sarcástica, de aquella figurilla diabólica del «Mago Kiang», erguida en una estantería de la vieja tienda de antigüedades de China Town...

Luego se hizo la oscuridad total en torno de Daniel Kent. Perdió

el conocimiento, se sintió sepultado en una densa, pegajosa bruma, que rápidamente se hizo negrura y lo engulló hacia simas insondables y profundas…

* * *

—Ya vuelve en sí… Tengan cuidado con él, doctor. Su estado es difícil y delicado, ya ha podido observarlo.

—Claro, teniente Nash. No tema por ello —dijo otra voz—. He tratado otros muchos enfermos peores que este. Cuidaré de no excitarle ni causarle perjuicio alguno.

—Sus delirios persisten sobre lo mismo que me contó el gerente del establecimiento de antigüedades… Es como una obsesión. Debió enamorarse de esa chica, Jade. O acaso de Laura Hazard, no sé. Lo cierto es que ambas danzan en su mente desequilibrada, junto con esas fantasías de su imaginación… Hombres peces, figurillas vivientes, hechiceros maléficos de la antigua China y todo eso… Causaría risa, si no fuera tan triste ver a un hombre joven reducido a ese estado…

Daniel Kent gimoteó, quiso moverse donde yacía, en el brumoso lugar esponjoso adonde le llegaban, como ecos lejanos, las voces de aquellos dos hombres. Se referían a él, le tildaban de loco, de desequilibrado… Quiso hablar, replicarles, chillar, levantarse violentamente, para encararse con los incrédulos…

Sólo pudo gimotear. Su cuerpo no le respondía Algo le oprimía, le dejaba inerte, allí donde estaba. A merced de aquellos hombres, a merced de todo el mundo…

—Cuidado —avisó la voz del médico—. Ya está recuperado. Es mejor que no oiga nada aún. Podría excitarse más, si sabe la verdad. Además estos enfermos nunca admiten que «eso» sea la verdad. Para ellos los demás no les comprendemos. Y eso les irrita terriblemente…

Daniel Kent era un hombre inteligente y de rápidos reflejos mentales. En el acto comprendió lo que sucedería si él seguía enfureciéndose, enfrentándose a la idea de que estaba loco. Sencillamente, le recluirían durante años en un sanatorio o cosa parecida. Después de todo, él había hablado, era evidente. Había delirado en su inconsciencia, hasta el punto de referir lo sucedido —«¿o no había sucedido siquiera?»— en la tienda de Tao-Wang. Pero solamente habló de esas cosas increíbles en sueños. No podían acusarle de estar loco… si «ahora negaba todo» eso astuta, sutilmente.

Algo fuerte hirió su olfato. Acaso amoníaco, acaso otro reactivo así. Abrió los ojos llorosos y masculló algo brusco entre dientes. Le costó centrar la visión de sus pupilas, deslumbradas a pesar de la tenue, indirecta luz de la sala donde yacía, bajo un blanco techo, entre blancas sábanas, y ligado en algo que sin duda era una camisa de fuerza.

Vio el busto agresivo de una bella enfermera, a escasas pulgadas de su rostro. Luego, tras ese busto, dos rostros. Uno le era conocido. El ancho, macizo, del teniente de policía de China Town. El otro, con gafas gruesas, sereno y reposado, sobre una bata blanca abotonada. El médico, quizás un psiquiatra.

La enfermera le sonrió estereotipadamente. Aun así, era confortante su sonrisa. Y lo demás. Daniel Kent le sonrió vagamente. El hacerlo le provocó fuertes dolores. Era evidente que tenía muy dañada la cara, por los golpes de... de «aquellos», de los escamosos seres de capucha de goma y rostro oriental...

—¿Se encuentra bien, señor Kent? —preguntó la enfermera.

—Sí, preciosa —susurró Daniel, suavemente—. Creo que bastante bien. ¿Qué me ocurrió? ¿Me pasó un camión por encima?

—No. Pero se le parece bastante —replicó agriamente el policía —. Se metió en la tienda de antigüedades de Tao-Wang. Lo destrozó todo a golpes, y le cayeron encima unas armas duras, una vidriera y un sinfín de cosas más, entre ellas una maza erizada de púas de hierro, precedente de un viejo guerrero imperial de la China de los Ming. Se encontró con lo que se merecía, Kent... pero a costa de un serio destrozo en la tienda. Sigue empeñado en meterse en líos, ¿eh?

—Esa tienda, teniente... —empezó Kent, enfáticamente. Pero recordó a tiempo, y siguió su táctica de disimulo—. Esa tienda debía tenerme obsesionado. Cuando bebí unas copas, me disparé estúpidamente. Lo siento de veras, teniente.

—Más lo sienten los dueños del establecimiento. Casi les deja en la ruina. ¿De modo que no sostiene que fuese allá en busca de Jade Chang y de Laura Hazard?

—Cielos, no —Kent puso un estupendo gesto de asombro, capaz de engañar a cualquiera—. ¿Yo dije eso tal vez?

—Eso me contó el gerente de la tienda.

—¿El gerente? —Kent le miró con suspicacia—. ¿Quién es el gerente?

—Bueno, no es precisamente un buen amigo suyo, maldita sea. Usted le ha metido en un buen lío, y ahora tendrá que responder del destrozo a la Junta propietaria. Pudo hacerle encarcelar, acusándole

de allanamiento de morada, con nocturnidad y escalo y un sinfín de cosas más. Pero ese hombre es comprensivo y bondadoso. No presenta cargos. Comprende que… bueno, que bebió o estaba iluminado por algo. Le deja en paz.

Daniel Kent entendía. Le dejaba en paz sin cargos, porque esperaba cuál sería su suerte: encierro durante años, reclusión muy larga entre los muros de una clínica mental. Demasiado larga para hacer nada.

Sólo que el «gerente» no había contado con su astucia en el desesperado caso. No, no se excitaría por nada, no admitiría nada de lo que él sabía que era cierto. Todo, antes que ser recluido por loco. Y si sostenía como cierta la historia de su choque con los dos «escamosos» y todo lo demás, iría sin remedio a un manicomio.

—El gerente es, ciertamente, muy bondadoso —aceptó serenamente Kent, observando con el rabillo del ojo la mirada perpleja que el médico y el policía intercambiaban ante su inesperada docilidad—. De todos modos, le pagaré los daños que pude causarle con mi estupidez… De veras lamento todo lo sucedido. Por cierto, teniente, ¿el gerente es un oriental de edad, de aspecto venerable?

—No —Nash le miró fijamente, escudriñador—. No es nada de eso, Kent. Se trata de un mestizo de chino y blanco, gordinflón y amable. ¿No le recuerda?

—¡Oh, teniente, uno no recuerda nada de nada, después de algo así! —sonrió Kent, entornando los ojos—. Me siento muy cansado… Me gustaría dormir un poco más.

—Puede dormir, Kent, si lo desea.

—¡Oh, por supuesto! —el médico se inclinó sobre él. Estaba desconcertado, era evidente. Nada salía tal y como él esperaba—. Por cierto, durante su sueño estuvo hablando. Habló mucho… y excitada— mente.

—¿De veras? —Kent sonrió—. No me diga que volví a las andadas.

—¿Las andadas?

—Sí. Ya, de pequeño me pasaba algo así. Mis padres se asustaban, porque decían que durante mi sueño chillaba, diciendo que veía chinos enmascarados, que resultaban ser peces humanos y cosas así. Y que unas figurillas hablaban, como si tuvieran vida, llegando de un mundo de enanos…

—De un planeta, exactamente —añadió el médico gravemente —. De otro planeta que no era la Tierra, decía usted. Les llamaba… «invasores de otro mundo», durante su delirio.

—Eso es. «Invasores de otro mundo»... —los ojos de Kent destellaron. Siguió su farsa, con magnífico dominio de sus nervios, de su mente excitada—. Justamente lo que decía de niño, después de leer aquellos relatos estúpidos de «anticipación». Uno conserva a veces esa clase de recuerdos infantiles. Y si se embriaga, si comete alguna idiotez, como la que yo hice en la tienda de antigüedades... todo eso vuelve a aparecer en sueños. Es una pesadilla molesta, pero inofensiva para mí.

El médico, perplejo, se acarició la barbilla. Contempló a Kent más atentamente. Luego hizo un gesto a la enfermera, casi irritadamente.

—Quítale la camisa de fuerza al señor Kent, enfermera —dijo—. Creí que tratábamos con un loco, a causa de lo de la tienda. Veo que es solamente un beodo que admite sus faltas, una vez han ocurrido. Lamento haberme equivocado con usted, Kent... aunque en Cierto modo debo celebrarlo también.

—Gracias, doctor —sonrió Kent, mientras respiraba con alivio, al ser despojado de la camisa de fuerza. Contempló al teniente Nash, que no apartaba de él su ceñuda mirada—. ¡Cielos, yo con camisa de fuerza! Si mi madre me viese ahora creo que enloquecería ella. ¡Pensar que un simple sueño, una pesadilla infantil podía llegar a esto!...

Les había engañado.

El médico salió, mientras la enfermera de curvas procaces se cuidaba, muy sonriente de cubrir a Daniel Kent con las ropas del lecho. El policía se limitó a mascullar, antes de abandonar la estancia de la clínica:

—No sé, Kent... No sé qué pensar de usted. Pero evidentemente, loco o cuerdo, es usted un tipo listo. Muy listo...

Luego salió, cerrando secamente tras de sí. Daniel Kent, con el rostro ensombrecido, se dedicó a meditar. Ni siquiera se preocupó de la proximidad inquietante de las agresivas líneas anatómicas de su bonita enfermera.

Y si eso le sucedía a. Daniel Kent, era que estaba terriblemente preocupado.

Le habían ocurrido cosas inexplicables.

Además tenía razones para ello. Mentalmente, repitió una frase. Una frase oscura, pero de terrible significado. Algo que hubiera sonado pueril para alguien que no supiera lo que él sabía, que no viera lo que él había visto...

—«Invasores de otro planeta»... —recitó, entre dientes. Se estremeció, despavorido, y musitó, con un hilo de voz imperceptible

—: Dios mío... Dios mío...

* * *

Seis días podían ser mucho tiempo. Quizá demasiado.

Era lo que los psiquiatras, recelosos de su actitud, le habían retenido allí. Al final, Daniel Kent fue dado de alta por el doctor Carruthers. Pero quizás era ya excesivamente tarde.

En seis días ¿dónde estaría Laura Hazard? ¿Y Jade Chang? ¿Y el propio Tao-Wang, o quienquiera que fuese el rector misterioso de la desconcertante tienda de antigüedades?

El Daniel Kent que abandonó la clínica no era el hombre firme, entero, dueño de sí y lleno de seguridad que fuera el que entrara allí. En su interior se debatía en tremendas dudas. Había perdido días preciosos, lo sabía. Si algún enigma atroz se ocultaba en la tienda del Barrio Chino, si algún peligro extraño amenazaba a las mujeres desaparecidas... las horas que quedaron atrás podían ser fundamentales para ellas. Seguramente ya no habría nadie cuando él acudiese allí. Ni siquiera un rastro a seguir, en el caso de que su paradero actual fuese ya otro...

Caminó, con su alta clínica en el bolsillo, por Market Street. Iba pensativo, erguido, casi como un autómata, bajo las luces esplendorosas de los luminosos, de las farolas urbanas y escaparates. Los automóviles desfilaban vertiginosamente junto a él, rozando el bordillo, la gente se cruzaba con él, bulliciosa y jovial, hundida en su feliz normalidad. Una normalidad que él envidiaba terriblemente. Porque al menos ellos vivían en una dichosa ignorancia, ellos «No sabían»... No sabían la clase de peligro que existía para todos, agazapado en alguna parte, oculto entre todos, como una fiera en acecho. Y lo que era peor, una fiera invisible...

Daniel Kent no era excesivamente imaginativo. Pero «sabía» lo que veía. Y él había visto a dos hombres que no solo no eran orientales... sino que ni siquiera eran humanos. Bajo las hábiles caperuzas de goma, ajustadas a sus auténticos rostros, eran facciones verdi-azules, escamosas, infrahumanas las que viera en aquellos dos seres de pesadilla dirigidos contra él por la voz de una simple estatuilla de marfil translúcido.

Parecía cosa de locos. Pero no lo era. Todo tenía consistencia, realidad. Lógico o no, había sucedido. Daniel Kent sabía delimitar muy bien sus posibles delirios de las realidades vividas. Y todo aquello fue realidad. Su explicación era otra cosa. No tenía sentido. Era ilógico, era disparatado, pero sucedió. Para él, espíritu analítico

y frío por naturaleza, como correspondía a un detective profesionalmente eficaz, no había dudas. Había sucedido. Y eso era lo que contaba. Él «sabía» que había visto a aquellos dos espantosos seres escamosos, como si bajo una envoltura humana, simplemente formada de ropa y de relleno de goma o de guatas, sobre una forma anómala, grotesca. La forma de una criatura espeluznante, recubierta de escamas, enjuta, deforme, que solamente con postizos podía fingirse similar a un humanoide, a un ser terrestre.

Daniel Kent estaba seguro de que los «escamosos» eran extraterrestres. Viniesen de donde viniesen… eran de algún lugar en el espacio exterior. Y no se basaba en el secuestro de Laura Hazard, en el «Lunik B». Era por algo más. Quizás un simple presentimiento. Una idea subconsciente, expresada por él durante su inconsciencia, y que quizá lo podía explicar todo.

«¿Todo?» No, no todo. Había algo inexplicable, algo fuera de toda razón y de toda lógica, incluso en el terreno de lo ilógico, de lo disparatado, de lo fantástico. Había el motivo. ¿Por qué precisamente la hija de Nublo Hazard? ¿Por qué aquel rapto en un satélite artificial, entre la Tierra y la Luna?

¿Por qué luego, de súbito, Jade Chang? ¿Dónde estaba la reproducción de Laura Hazard que viera en pequeño? ¿Dónde la trastienda?

Se paró en seco.

No sabía cómo había podido suceder, cómo llegó hasta allí. Pero estaba justamente en Grant Avenue. En plena Calle de las Mil Lámparas. Sus pasos, mecánicamente, mientras iba pensando en todo aquello, le habían conducido hasta la entrada misma de la más importante arteria de China Town.

Iba a aventurarse por ella. A dirigirse a la tienda de Tao-Wang. Pero de súbito, una corazonada le avisó del peligro. Sus ojos escudriñaron en derredor, se fijaron en la superficie espejeante de un gran escaparate comercial.

Y vio allí al hombre. Erguido, tras un coche, fingiendo encender un cigarrillo. Sus miradas casi se cruzaron, coincidiendo en el cristal. Rápido, Daniel Kent adoptó su decisión. Procuró disimular, como si realmente no hubiera visto al otro.

No había visto nunca a aquel hombre.

Se movió resueltamente, en sentido diagonal, adentrándose por otra calle, llamando a un taxi. Se alejó así de Grant Street, del Barrio Chino, de todo aquel festón urbano de luces, rótulos y exotismos orientales. Una mirada fugaz, a través del retrovisor, le mostró al hombre del automóvil, conduciendo en pos de él, como

un atento espía.

No tenía facciones sospechosas. No creía que tuviese rostro de goma, sino de pura carne y de puro hueso, afortunadamente. Podía ser un policía o un médico psiquiatra. En cualquier caso, era fácil para un buen conocedor de Frisco, como él, darle esquinazo con unas vueltas y revueltas del vehículo. Pero no era eso lo que él quería.

Le daría esquinazo, sí. Pero de un modo más sutil e insospechado. De una forma que no hiciera sospechar a nadie de su nueva aventura. La aventura decisiva que iba a emprender en las horas siguientes.

Una aventura que tenía un solo objeto: encontrar a Laura Hazard y a Jade Chang. No importaba cómo ni dónde. Era preciso hallarlas. Y hallar, a la vez, el principio y el final de aquel horror indescifrable que se ocultaba en una vieja, polvorienta tienda de antigüedades.

El precio podía ser la propia vida. O la razón Pero eso no importaba ya. Nada importaba. Daniel Kent estaba convencido de que, por un azar asombroso del destino, él había sido designado por la Providencia, por un cúmulo de increíbles casualidades, para revelar, para descubrir, bajo la epidermis espantosa de la normalidad más absoluta, un terrorífico, espeluznante enigma, que se desarrollaba sordamente en la Tierra, en un lugar de San Francisco. Quizás el principio del más pavoroso drama de la Humanidad: su propia destrucción, su aniquilamiento a manos de seres llegados de otros lugares, lejos del planeta... De seres escamosos, escondidos bajo ropas, apariencia y máscaras humanas... Seres que solamente podían ser de otro planeta...

Lo que hacían, lo que estaban desarrollando allí, bajo la piel de la ciudad, era lo que a él le tocaba descubrir. Porque, hoy por hoy, solamente él conocía la verdad. Solamente él había luchado, había tocado la viscosa dureza de las escamas de aquellos entes horribles, solamente él había oído surgir una voz humana de una simple figurilla diminuta que movía sus músculos de marfil, que tenía vida en sus ojillos, de fingido vidrio...

Sí, había algo. Algo llegado de «alguna parte»... Sus ojos se alzaron, al bajar del taxi, ante su residencia. Pagó la carrera, mientras contemplaba las estrellas, luminosas y nítidas en el oscuro azul, casi negro.

¿Era posible que allí estuviese la razón de todo? Más allá de aquellos astros... Más allá de aquel cúmulo luminiscente y hermoso, que era pura, nítida obra de Dios... ¿Podía tanta belleza ocultar una

fealdad espantosa, la fealdad suprema del peligro, de la crueldad satánica de unos seres como aquéllos, apenas entrevistos en unos alucinantes momentos, dentro de una tienda de objetos antiguos?

Lentamente, caminó hacia la puerta de su vivienda, sin respuesta a tantas y tantas interrogantes angustiosas. Llegó a estremecerse, pensando que aquellos astros eran como miles de ojos suspendidos en la negrura, fijos en él, siguiéndole, como espías fabulosos de un Cosmos hostil e invasor, que penetrara en la Tierra subrepticiamente, como tantos y tantos escritores de «anticipación» habían previsto que llegaría a suceder... cuando ello sucediese.

¿Sucedía ya? Sí, tal vez sí...

Miró, ya en el umbral de la casa. Allí estaba su «sombra», el hombre que le seguía, parado en la acera Opuesta de la calle. Sonrió amargamente. Acaso sucedía lo peor para la especie humana. Pero había gente como aquella. Policías o médicos, que se creían al cabo de la calle, de vuelta de todo. Que no creían, que no admitían sino lo que tenían ante sus narices. Que seguían llamando loco al que veía algo más allá. Como en los viejos, pretéritos tiempos de civilizaciones atrasadas y torpes.

Él burlaría a todos. Él iría al encuentro de «aquello».

Daniel Kent tenía una cita. Una cita con lo inconcreto, con lo oculto. En un lugar que había llegado a ser su obsesión. En un lugar donde ya dos veces fuera derrotado. En un lugar donde no iban a poderle derrotar por tercera vez, sino a costa de la vida propia.

El espía se quedó en la calle. Lo sabía. Estaría vigilando su apartamento. Controlaría las luces de sus ventanas, visibles e inconfundibles desde cualquier emplazamiento. Mientras viera luz, nada sucedería. Y si veía su silueta, acomodada en una butaca, entre la luz y el cristal de la ventana cubierto por la tenue cortinilla, nada ocurriría tampoco. El espía seguiría abajo, con la mirada fija en su silueta. Vería a Daniel Kent, en la butaca, leyendo un libro.

Cuando se diera cuenta del engaño, sería tarde. Tarde para todo.

Tarde... incluso para sí mismo, admitió amargamente.

Pero eso no iba a detenerle. Nada ni nadie le detendrían ya, a partir de aquel momento.

Tenía que ver. Tenía que ver... y conocer. Ver y conocer lo que había más allá de la Puerta. Más allá de la tienda de antigüedades... al otro lado de la cortina de bambú...

Capítulo VIII
EL MUNDO DE LOS «EXTRAÑOS»



A luz recorrió la tienda.

El cerco luminoso resbaló sobre estanterías, objetos, polvo y oscuridad. En algún lugar del establecimiento, un cuerpo oscuro se movió, corrió, rozando los pies del intruso. La luz bajó rápida, hirió la forma gris, menuda y veloz, los ojillos diminutos y brillantes. Era una rata. Simplemente una rata.

Kent sonrió con un suspiro. Resultaba gracioso asustarse de una simple rata. Miró en torno de nuevo. Ahora las cosas parecían distintas. No había figurillas en la estantería de donde saliera la voz. Es decir, había figurillas. Pero ninguna era como «aquella». Tampoco vio a ningún ser escamoso, ninguna forma sospechosa. Nada de nada.

El cártel, en la puerta, le había revelado algo. Era un rótulo simple, conciso, vulgar: «Cerrado por reformas». Quizá demasiado vulgar. El cierre podía durar meses, años... o una eternidad. Nadie se preocuparía ya jamás de Jade Chang. Ni de Laura Hazard, ni siquiera de los presuntos propietarios de la tienda. Ni de aquel gordo, afable gerente mencionado por el teniente Nash. Todo se hundiría en la niebla, en la oscuridad. ¿Hacia dónde?

Avanzó a lo largo de la tienda. Nadie le había seguido, nadie le vigilaba ahora. Su «sombra», policía o médico, estaría ahora plantado ante la casa, viendo las luces, la fingida silueta, hábilmente montada en un asiento, de forma que le diese la luz. Tenía tiempo por delante. El suficiente para ahondar algo más, para llegar al límite de lo conocido.

No tenía demasiada fe. En realidad, temía encontrarse con algo también vulgar, material, inexpresivo, al otro lado de la enigmática cortina de bambúes. Con un muro de ladrillo, con un hueco angosto, que no podía ocultar nada de nada. Pero entonces... ¿por qué Jade vio algo más? ¿Dónde se hallaba la trastienda, el viejo y ciego Tao-Wang, su mesa repleta de figurillas de marfil, de vidrio o

de porcelana?

Daniel Kent, conteniendo el aliento, llegó ante las cañas de bambú. Ni siquiera empuñaba un arma. Sabía que era inútil. Si allí, al «otro lado», había seres de piel escamosa, los proyectiles no servían de nada. Era mejor no perder el tiempo en cosas así.

Sus dedos rozaron los fragmentos de bambú. Los hizo claquear entre sí, provocó un sonido al entrechocarlos. Y de súbito, los alzó. Levantó la cortina de golpe, se enfrentó con el «otro lado»...

—Bienvenido, Kent. Le estaba esperando. Pase, pase, por favor...

La voz no llegaba de ninguna parte. Allí todo eran negruras. Ni muro de ladrillos, ni paredes, ni formas, ni nada de nada... Al otro lado de la cortina de bambú, oscuridad total, informe, sin dimensiones, sin márgenes, sin principio ni final...

Dio un paso adelante. Firme, resuelto. Era su destino. E iba hacia él resueltamente. Con la fuerza fabulosa de un ser mítico, de un predestinado a algo que estaba por encima de la vida y de la muerte, del miedo y de la duda...

Pisaba, sí. Pero, sin embargo, parecía flotar. Era como caminar, como pisar la nada, el vacío, a lo largo de un camino sin suelos, techos ni muros. A sus espaldas, tuvo la vaga intuición de que caían los bambúes con ruido seco. Se volvió. Pero no vio nada. Nada en absoluto. Sólo oscuridad.

Estaba en medio de aquella negrura envolvente, densa, espesa. Dio otro paso. Y otro más... Avanzaba, avanzaba hacia algo... Y sentía una raía impresión física. Como si su ser se contrajese, como si empequeñeciera, a medida que se adentraba en aquel «otro lado» incógnito y terrible, impenetrable y siniestro...

—Sí, Kent, usted tenía que venir, Yo lo sabía — continuaba aquella voz—. Ha sido capaz de engañarles a todos... No se ha dado por vencido jamás. Pero no debió de hacerlo. Nunca debió de regresar... porque de aquí... jamás se vuelve.

«Jamás se vuelve»... La frase, la advertencia atroz, retumbó en su cerebro. Pero no le importó. Nada le importaba ya. No era un simple, un vulgar detective privado, investigando un misterio. Era un hombre, un ser que sabía demasiado... adentrándose en un lugar al que nadie había llegado antes... O, al menos, de donde jamás volvió nadie, como dijera aquella voz. La terrible, ominosa voz del diabólico ser invisible...

Y el camino continuaba. La oscuridad, la falta de luces, de puntos de referencia, seguía existiendo ante él. Con horror, observó que aún estaba encendida su lámpara. Pero no daba luz, no iluminaba nada. Igual que si la oscuridad se enroscase también en

la propia luz, la cegara hasta reducirla a tinieblas.

De repente, resbaló. Sí, resbaló... y cayó de bruces... Se hizo daño, sintió la sensación física del doloroso impacto sobre una superficie lisa, dura, en la que sus uñas se crisparon, intentando en vano hundirse. Era como caminar sobre cristal, sobre un espejo o una superficie bruñida, sin rugosidades ni accidentes.

Casi se alegró de sentir algo físico, algo humano. Después de todo, existía, aún era alguien... o algo. Levantó ligeramente la cabeza, miró en derredor suyo.

Vio enormes columnas rodeándole. Habíase hecho de súbito la luz en torno suyo. Una irisada luz de matices azulados, que iba surgiendo como un lívido, espectral amanecer, tras las gigantescas columnas erguidas en derredor suyo.

El aire que respiró, al erguirse un poco más, le llegó con un extraño aroma balsámico, de almizcle, de incienso, acaso de esencias orientales remotas, que casi le retrotraían a uno a épocas lejanas, distantes, de las que se oyó hablar, de las que se tuvo siempre una vaga, confusa noción, pero nada más.

Sin embargo, pese a esas esencias exóticas, el aire era respirable, profundo, balsámico y vivificador. Se sintió mejor, casi con una elevación psíquica de puro espíritu, en un distinto plano vital.

Logró erguirse, se apoyó en una de esas columnas, de rugosa y áspera superficie. Dio unos pasos, aturdido. Salió del porche o techo columnado. Alzó la Cabeza, miró al azul nítido, hiriente, del extraño celaje brumoso que servía de palio al desconcertante, asombroso lugar en que parecía hallarse como por arte de pura magia oriental.

Entonces observó, con horror, el lugar en que se hallaba. Se enfrentó a una de las tremendas, alucinantes realidades que jamás pudo sospechar. Supo lo que eran las «columnas» de superficie rugosa, el «techo» porcheado de donde saliera a la luz del aire libre...

¡Las «columnas» eran enormes, ingentes patas... las patas de un ciclópeo tiranosaurio Rex de la era prehistórica!

El animal antediluviano aparecía inmóvil, rígido, como petrificado... en una dimensión acaso mil veces mayor que la suya... Era como un pigmeo ante la forma inmensa, rígida, petrificada...

Lanzó un grito ronco y corrió. Se alejó a la carrera de la mole prehistórica, que siguió con su aterradora inmovilidad. Sus pies golpeaban un suelo terso, bruñido, de un negro espejeante, que reflejaba su figura. Era como correr sobre hielo negro. Volvió a caer, se incorporó, siguió la carrera... para encontrarse de súbito

con otras dos formas inauditas, asombrosas, de gran tamaño, aunque no tanto como el «tiranosaurio rex» del grupo de los terópodos, extintos hacia millones de años en la Tierra...

¡Estaba ante un colosal «Mammuth» de rígida pelambrera, larga trompa y curvados colmillos, otro ejemplar de la extinguida raza del cuaternario... a cuyo lado, un mítico, fabuloso «griff», digno de una fábula o cuento infantil, mostraba sus agudas líneas de ave-dragón, de alas extendidas!

Y ambos enormes monstruos, jamás vistos por ser viviente alguno en los últimos cien siglos... estaban igualmente petrificados, inmóviles sobre aquel suelo bruñido y sin fin.

Daniel Kent continuó, su carrera en aquel mundo de pesadilla, en aquella abominable zona de lo ignorado donde se hallaba. Sobre su cabeza, de entre las brumas, pareció brotar un trueno alargado, que a veces parecía una risa dantesca...

Se alejó más y más, corrió sin sentido, en busca de una fuga imposible en aquel desierto lustroso, digno de una nueva e ignota Dimensión...

Quedaron detrás suyo los monstruos embalsamados, inermes en la llanura espejeante y negra... De repente, ante él, apareció un borde, una sima... Y Daniel Kent, con un grito largo, terrible, cayó en ella, fue al fondo de aquel repentino abismo que emergiera de las brumas azuladas, ante sus pies, sin concederle tiempo para salvarlo, para eludir la caída...

* * *

Jamás una caída pareció más terrible...; y sin embargo fue tan corta.

Cayó sobre otra superficie negra, espejeante, sin aparente fin, hasta el horizonte brumoso, difuso, donde se diluían sus confines. Asombrosamente, no se hizo daño, no sintió dolor en sus miembros, que casi notaba acorchados, indiferentes a todo choque o golpe.

Se incorporó. Miró en torno. Lanzó un nuevo grito. Ahora, no era de horror, sino de asombro, de incredulidad...

Ya no estaba solo. Le rodeaban figuras. Erguidas figuras iguales a la suya... Seres humanos cuyos ojos se clavaban en él. O parecían clavarse. En realidad, aquéllas figuras eran como maniquíes, como estatuas... Frías, rígidas estatuas de tamaño natural...

¿Era posible aquello? Barbudos hombres de la Prehistoria... Romanos, persas, egipcios, con sus complejas, multicolores, típicas vestimentas de las épocas de su esplendor... Medievales, caballeros,

mandarines, samuráis, indios toda clase de razas humanas de todos los tiempos… Ropajes brillantes, nítidos, flamantes. Como un auténtico muestrario de indumentaria; de ropas, de físicos diversos…

Pero nadie se movía, nadie reflejaba vida en su gesto petrificado. Era… era como estar rodeado de bellas estatuas que formaban una perfecta, asombrosa Historia del Hombre, del Vestido, de las Civilizaciones…

Daniel Kent, estupefacto, avanzó hacia una de las figuras de la petrificada muchedumbre que le rodeaba. Elevó su mano, pasó los dedos, rozando la faz de la más próxima.

Se estremeció, como sacudido por una descarga de miles de voltios. ¡Era piel, era un rostro humano real lo que tocaba! Yerto, frío, rígido, como cristal o porcelana… Pero indudablemente de un auténtico ser viviente.

—¡Dios mío, no! —jadeó—. ¡No es posible…! ¡No es posible!…

Lo que vio heló la sangre en sus venas, le hizo recular, con un chillido estridente, atroz, mientras advertía cómo se erizaban los cabellos de su nuca.

Entre aquellas otras figuras, rígidas e inmóviles, como dos bellezas prodigiosas, convertidas en piedra o en cristal por una magia propia de cuento de hadas… ¡Estaban ante él la belleza occidental de Laura Hazard, «Mis América, 1970», y Jade Chang, la hermosa muchacha oriental!

Desencajado, lívido, con los ojos desorbitados, retrocedió más y más. Las figuras no se movían, no había vida en sus rostros hermosos.

Y, de súbito, de alguna parte, más allá de las brumas azules, le llegó una voz. La voz maligna y terrible del ser que parecía mandar allí:

—Ahora ya conoces la verdad, Daniel Kent. Has llegado hasta donde querías llegar. El lugar adonde fueron a parar Laura Hazard y Jade Chang… El lugar donde tú mismo has querido entrar para no salir jamás… Yo, Tao-Wang, te recibo en mis dominios. Te doy la bienvenida a mí colección del Museo, del Espacio… donde todo lo hermoso y lo grande tuvo cabida a lo largo de los Tiempos… Yo, Daniel Kent, te presento mi Museo de Antigüedades Vivientes… y te anuncio que ahora, en este momento, tú mismo estás empezando a convertirte en un ser de porcelana cristalina como ellos… para serlo durante toda la Eternidad… Lo mismo que Jade, que Laura Hazard, ahora eres una figurilla diminuta, Kent…

Capítulo IX
¡MUSEO DEL ESPACIO!

EMASIADO lejos había llega— de para no creer. Además, lo estaba viendo con sus propios ojos. Lo tenía allí, ante sí. Un mundo fabuloso, increíble, formado de seres de cristal, petrificados para siempre, en un Museo sin precedentes, en una colec



ción como jamás hubo otra. Un ser de cada época, de cada Era terrestre, reducido a dimensiones, diminutas... convertido en una simple figurilla. Antigüedades vivas, coleccionadas en algún lugar del Espacio... Allí adonde él, al salvar la puerta de bambúes, fue proyectado súbitamente... hasta tomar el tamaño de todos aquellos objetos que antes fueron personas.

Ahora, él mismo era uno de aquellos objetos, una figurilla más. Aún dotado de vida, aún sin petrificar... pero podía recordar muy bien la extraña sensación que experimentara poco antes... Aquella impresión de acorchamiento paulatino, de creciente insensibilidad en sus músculos y miembros...

Poco a poco, o quizá rápidamente, llegaría el estado letal. Y se convertiría en lo mismo que estaba viendo. Sería una pieza más del asombroso bosque humano y animal de entes terrestres, desde la Prehistoria hasta la actualidad...

Miró más allá de las brumas azules que, como un humo denso, delimitaban los contornos de la gran mesa o lo que fuese el lugar donde estaba, la superficie bruñida por la que había corrido, como podía suceder en la más abominable e increíble de todas las pesadillas.

—¿Dónde estás tú, maldito? —aulló. Y su vocecilla misma le pareció horriblemente pequeña, pavorosamente diminuta, insignificante. Como la voz que podía brotar de cualquier estatuilla frágil, ligera, que uno pudiese romper en sus manos, en un momento determinado.

La risa continuaba, más allá de los límites visibles. Ya sabía que no era un trueno, sino las carcajadas ásperas, rotundas, del ser

infernal que regía los destinos de aquel pavoroso Museo.

—No, Daniel Kent. No te esfuerces. No puedes verme —dijo la voz—. Como ocurre con los seres de dimensiones normales, su mirada tiene un alcance limitado. Más allá dejas fronteras de su propia visión, imperfecta por humana, nada ven. Hay cosas en vuestro mundo, en vuestra propia Dimensión, que jamás ser alguno podrá captar, porque están más allá de las facultades de unas retinas vulgares. A mí me sucede algo así ahora, Daniel Kent. Tú has sido reducido. En cuanto cruzaste la Puerta, empezó el proceso. Sin saberlo, te lanzaste a tu propia ruina. O acaso lo sabias y no te importó. Admiro tu valor. Pero es estúpido ser valiente sin tener triunfos en la mano. Cuando cruzaste los bambúes, Kent, penetraste en otro mundo. En mi mundo. Más allá de las humanas dimensiones. Te sumergiste en un microcosmos que te iba reduciendo a sus diminutas dimensiones, para convertirte en una figurilla más. El proceso es largo, pero solamente para ti, para tu actual proporción. Para un ser normal, como tú eras antes de cruzar la Puerta, apenas representa unos segundos.

—No te creo. No puedo creer nada de eso. Esto es una cámara, un lugar secreto, donde alucinas a quienes caen en tu poder, haciéndoles ver lo que quieres. Hipnosis, sugestión, todo eso es fácil de manejar por un hombre de Oriente, con facultades para ello, Tao-Wang…

—¿Lo crees así? —Tao-Wang rio de nuevo. Su voz, como un trueno, retumbaba en la atmósfera nubosa, llegaba hasta él, con inflexiones ensordecedoras, desde todas partes, desde ninguna a la vez—. Pobre necio de Daniel Kent… ¡Qué limitado es tu saber! Yo no necesito de hipnosis ni sugestiones… ¡Yo soy distinto! ¡Yo no pertenezco a tu mundo!

—¿A cuál, entonces?

—A uno muy remoto, a un mundo del que jamás oísteis hablar los hombres de la Tierra. Un planeta, más allá de los astros conocidos, más allá de los límites visuales de la luz, por la que os guiais, en los espacios intergalácticos. Millones de millones de años luz por detrás de la propia Andrómeda… Allí donde casi puede decirse que uno roza los confines del Universo… Era un mundo de titanes, de seres superdotados. Millones de siglos de civilización, de poderes, de autocontrol… Y con todo, extinto en un momento, Kent. Todo, destruido por un caos estelar, al hacerse pedazos nuestro mundo, en el choque con un inmenso mar de meteoros. Una de esas hecatombes planetarias que solamente ocurren una vez cada cien millones de años…

Kent, lívido, escuchaba la increíble, asombrosa historia del Hombre llegado de Más Allá de lo Conocido. Podía ser falso, podía ser pura mentira. Sólo que él sabía que no lo era. Sabía positivamente que el «extraño», llegado de un mundo lejano, tenía poderes de excepción. Su vida, su mundo, sus facultades por tanto, tenían que ser excepcionales.

—¿Y cómo sobreviviste tú, Tao-Wang?

—Ya te dije que éramos un mundo de titanes. Nuestro poder era inmenso, Kent. La Creación nos concedió dones que jamás tuvieron los hombres, facultades increíbles en lo físico, para seres tan limitados como vosotros... Entonces, yo, solamente yo, entre millones de seres de aquel planeta, sobreviví al caos. Vagué por los espacios, en un fragmento de mí mundo aniquilado, sobre las rocas erizadas, cristalinas, de un meteoro, de un aerolito, parte del planeta más poderoso de todos los rincones del Cosmos.

—¿Así llegaste a la Tierra?

—Sí. Así llegué a la Tierra, Kent. Yo caí aquí, cuando apenas existía vida en tu mundo.

—¿Eh? ¿Quieres... quieres decir que tú... que tú vivías ya... en épocas prehistóricas?

—Eso quiero decir, Kent.

—¡Imposible! ¡Nadie sobrevive millones de años! ¡Dios no pudo dotaros de vida eterna!

—Dios no nos dotó de esa vida eterna que tú citas —rio el enigmático ser, oculto tras las brumas—. Creo que vuestro Dios ni siquiera nos concedió un poder. Somos... somos como productos diabólicos. Así nos definiríais vosotros... No vivimos eternamente, es cierto. Pero nuestra vida, al lado de la vuestra... es infinitamente superior. Millones de años vuestros, forman una existencia en nuestro mundo... Olvidé decirte algo, Kent... Nosotros, en nuestro planeta, éramos de dimensiones ingentes... Millones de veces mayores que vosotros. La vida es algo que va en proporción a la dimensión en que uno se mueve. Al llegar aquí, a la Tierra, mi naturaleza se adaptó, mi ser se redujo... pero la vida continuaba siendo la misma. Quizá mayor, porque mis tejidos se comprimían, cargados de vitalidad, para miles de millones de siglos... de vuestro Tiempo...

—¡Dios mío, eso no puede ser! —lívido, Daniel Kent se dejó caer, como un pobre, indefenso pigmeo, en aquel suelo bruñido, espejeante, duro y resbaladizo—. ¡No puede ser...!

—Lo es Kent. Yo he vivido durante toda la Historia de la Humanidad, he vigilado su desarrollo, su crecimiento... Y en mí

reapareció la que fuera mi gran vocación, allá en mi propio mundo…

—¿El qué, Tao-Wang?

—Coleccionar. Coleccionar algo. Maravillado de lo que descubría en vuestro mundo, pensé hacer la mejor, la más fabulosa colección de todos los tiempos. Un auténtico Museo que nadie vería jamás… El Museo del Espacio, con todos los seres que mereciesen la pena de ser coleccionados. Los hombres notables, las mujeres más hermosas, los animales más poderosos y bellos, los más horribles y capaces de asustar a las gentes… Una mezcla de poder y belleza, en mi Museo espacial, Kent… ¿Comprendes ahora? Me faltaban piezas… Piezas importantes. Laura Hazard era el prototipo de la belleza de hoy, de esta época… ¡La obtuve! Mis crisaurios la obtuvieron para mí…

—¿Crisaurios? —se horrorizó Kent.

—Sí, tú los conoces. Aquellas criaturas escamosas, fuertes e invencibles, que te atacaron en la tienda… Tienen que ir por el mundo con máscaras de goma, con ropas, con rellenos que les hagan parecer de forma y aspecto humano, o causarían terror.

Kent preguntó:

—¿También… también son ellos de tu mundo, Tao-Wang?

—Ciertamente. Pero son seres inferiores, de escasa inteligencia. Sólo reflejan las órdenes que reciben, en sus pobres cerebros. Son dóciles, inofensivos conmigo. Eficaces y silenciosos. Ya lo viste tú mismo, Kent… Viajaban en mi aerolito. Los reduje a su actual dimensión. De otro modo hubieran sido mayores que los dinosaurios de vuestras eras prehistóricas… Ahora me sirven oscura y eficientemente. Siempre lo hicieron así. Tú has oído hablar de desapariciones inexplicables, de gentes que se perdieron para siempre, sin aparecer jamás, a lo largo de todas las épocas. Yo tengo el secreto, Kent… Yo hice desaparecer a esas personas, desde Faraones a Emperadores, desde bellas reinas o esclavas hermosas, hasta luchadores y atletas, desde animales increíblemente bellos, hasta fieras aterradoras. Y todos pasaron a este Museo en que ahora te encuentras…

¡Todos los ejemplares de mí colección tuvieron vida y existieron, antes de petrificarse bajo mi poder!

—Pero ¿dónde? ¿Dónde estoy ahora? ¿Qué lugar es este? Sea cual fuere, tenga las dimensiones que tenga… existe, está en alguna parte…

—Sí, Kent, existe, está en alguna parte. Pero no como tú entiendes la existencia ni la situación en el espacio. Vuestra

capacidad mental es limitada, nunca entenderías bien cómo son las cosas fuera de vuestro mundo raquítico y limitado…

—Bien. Hazme entender, entonces. O creeré lo que siempre he creído: que eres solo un farsante, un loco, un coleccionista chiflado, no un ser poderoso, llegado de otros planetas… hace cientos de miles de años.

—Estúpido incrédulo. ¿Dudas de mí poder?

—¡Si!

—Escucha, loco maldito… Estás en tu propio mundo, en tu propia Dimensión. En realidad, no te has movido del lugar en que estuviste siempre. Pero al cruzar la Puerta yo hice el traslado, el salto a unas, dimensiones microscópicas. Fue… fue como envolverte en una energía que te reducía, te convertía casi en polvo:… en un simple átomo, en menos de un átomo… Puedes estar flotando en el aire, puedes estar en el suelo, en un rincón, en la pared, en un objeto… Eso no tiene importancia. Lo importante es que has entrado en el microcosmos que yo he creado. Para mí, reducir o ampliar mis dimensiones físicas careció siempre de importancia. Es un poder innato en los que nacimos en nuestro destruido mundo. Solamente he buscado, durante estos siglos, el poder capaz de controlar esa facultad sobre otros seres. De poderos ampliar o reducir a mí antojo, a las medidas que yo quisiera. Y lo obtuve. Obtuve esa energía y la utilicé para crear mi propio mundo dentro del vuestro. Obtuve la fuerza capaz de hacerme reducir todo a su mínima expresión física, a dimensiones que nadie puede ver aun teniéndolas ante sí o sobre sí mismo. El mundo, los mundos todos están llenos de otros mundos microscópicos. Una mota de polvo es un Sistema Solar, millones de Sistemas planetarios… Y no lo sabéis. No podéis verlo. ¿Lo entiendes ahora?

—¡Es falso! —aulló Kent, descompuesto—. ¡Jade me habló de figurillas… figurillas como estas… entre las que estaba Laura Hazard…! ¡Y no eran invisibles ni tenían dimensiones microscópicas, menores que átomos!

—Vana ilusión de ella —rio Tao-Wang—. Como la tuya, al ver ahora la «mesa», ingente como una gran llanura sin fin. Cuando Jade entró yo fingí una trastienda. Porque realmente podía haber una trastienda, solo con reducirle a ella de dimensiones inmediatamente…

—No… Eso… eso no puede ser…

—Claro que puede ser. Para mí no es problema, Kent. Nunca lo fue. Poseo ese poder, ya te lo dije. Quise observar a Jade, descubrir si era tan inteligente como me parecía. Si merecía realmente

pertenecer a mí museo, por algo más que por representación de la belleza de hoy en Oriente... Y se ganó ese derecho. Es muy inteligente. Descubrió que el Museo estaba formado por figuras que tuvieron vida. Se dio cuenta de que Laura Hazard y los demás no eran reproducciones sino originales cristalizados sobre mi mesa... Captó el parecido de mí rostro con el viejo chino de las figurillas, comprendió que algo sucedía, algo que ella no podía concebir, pero que no era normal ni humano. Y corrió, la muy necia, a avisarle a usted. Yo la vigilaba. Yo acudí a impedir que hablara demasiado...

—Usted... usted es ciego, según ella... —jadeó Kent.

—Puedo fingirlo. Yo puedo fingirlo todo, Kent... Pero veo. Aunque en realidad, para vosotros sí sería ciego. No miro con mis ojos, porque en nuestro mundo los ojos no servían para nada. Poseemos unas antenas invisibles, un poder de captación, como el de las hormigas, elevado a proporciones inmensas. No hace falta la vista. Sentimos, vemos virtualmente... a nuestro modo. Los—colores tienen una vibración, los objetos, según su materia, también. Todo llega a nosotros en su exacta forma y apariencia, en su posición real... ¿Para qué necesitaría yo vuestra pobre, imperfecta visión?

Daniel Kent dejó caer su cabeza, angustiado.

Todo era horrible, demasiado horrible. Casi inaceptable por una mente equilibrada. Pero hacía ya mucho tiempo que Kent había dejado de preocuparse de su equilibrio mental y de todo eso. Sabía qué se movía en otro lugar del espacio, en otra forma de vida, y se adaptaba a ella, lo intentaba con todas sus fuerzas.

Se incorporó lentamente, en silencio. Comenzó a pasear lenta, agotadamente, entre el bosque inmóvil de petrificadas figuras que tuvieron vida. Dolorosamente, su mirada resbaló sobre Jade, sobre Laura Hazard... sobre todos los demás. Y volvió de nuevo a Jade. Se estremeció. Era hermosa, muy hermosa. Con una fría, helada hermosura ahora. Con una belleza de figurita, de antigüedad...

Tembló. No, no debía aceptar aquello. Nunca se admite la derrota, y menos podía hacerlo entonces. Él sentía, se daba cuenta de que había algo en su interior que le atraía hacia la hermosa chinita. Algo más que compasión, amistad o simpatía. La amaba. La había amado nada más verla en la tienda de China Town... Y ese amor iba más allá de la vida misma, más allá de un estado de cristalización inhumano...

Se acercó a ella, pasó sus manos temblorosas por la faz rígida, fría, cristalina. Besó con un escalofrío la yerta, bruñida superficie de lo que ahora era solamente un bonito rostro en porcelana, en

cristal, en algo brillante, marfileño e inanimado…

Luego, apartóse lentamente, hundió sus manos en los bolsillos, avanzó despacio, despacio, como un ser vencido, maltrecho agotado.

Y, de repente, todo él vibró.

Había tenido una idea. Una loca, alucinante, desesperada idea. Algo que Tao-Wang debía ignorar. Algo que no debía, en modo alguno, revelar en su gesto.

Podía morir, sí. Pero morir haciendo algo útil, algo eficaz. Una venganza terrible contra, el coleccionista de otro mundo… contra el fanático de antigüedades, llegado de un poderoso planeta ya extinguido.

Lo iba a hacer.

No era decisivo. Tao-Wang seguiría viviendo tal vez. Tao-Wang seguiría coleccionando monstruosamente, a lo largo de sus millones de años de vida.

Pero a todo ser como él puede enloquecerle la destrucción de su obra, aunque sea de otros mundos y de otra especie inteligente. Quizá sería así ahora también.

Fuere cual fuese el resultado; iba a intentarlo. Tao-Wang había cometido un error, un simple error. Se creyó demasiado grande y omnímodo. Quizá no era así. Y su leve error podía tener consecuencias desastrosas…

* * *

Se detuvo junto a Jade Chang. Volvió a acariciar su rostro, en un desesperado gesto.

—Adiós, pequeña y hermosa criatura —musitó—. Yo sé que hay algo más que todo esto que nos rodea ahora… Yo sé que existe una Eternidad diferente a la de esos monstruos de un mundo titánico y desalmado. Allí dónde está Dios, en Su Reino, que está por encima de todo esto… Y en esa Eternidad, ni siquiera Tao-Wang puede interponerse entre tú y yo… Estaremos lejos de su alcance, allí donde el auténtico amor reina, sin posible destrucción… Yo, Jade, te amé… Me sentí atraído por ti nada más verte… Por ti he venido hasta aquí, por ti voy a morir… destruyéndote… destruyendo todo esto… Y en nuestro final, en nuestro desastre, triunfaremos por encima de todo, Jade…

Tembló. Le pareció como si los ojos cristalinos, petrificados, se fijaran un instante en él… Como si una luz trémula, de vida y de sensibilidad, animase durante un fugaz segundo, que ni siquiera el

inmenso poder de Tao-Wang podía dominar, las pupilas de la hermosa oriental. Como una muda, tangible respuesta a su amor… Como si el alma, el espíritu aprisionado en aquella estatua vidriosa, fuese demasiado grande, demasiado potente para someterse a la esclavitud del pálpito y de la vida…

—¿Qué es lo que hablas, Daniel Kent? —resonó la voz ominosa del «extraño», más allá de las brumas que delimitaban su dimensión de la de sus figurillas de Museo—. ¿Te has vuelto loco, o pretendes infundirte ánimos, antes de pasar a ser una estatua más en mi colección?

Kent se volvió. Fiera, rabiosamente, hacia las volutas humeantes, azulinas, hacia las brumas de los confines de su reducido, silente y petrificado mundo actual. Gritó, con voz potente, enfebrecida, virulenta en una reacción de rebeldía suprema, del supremo instinto del hombre, luchando por su propio destino, incluso contra todos los poderes satánicos desencadenados.

Exclamó:

—¡No, «extraño» de los espacios! ¡No estoy loco ni trato de infundirme ánimos! ¡Es la verdad la que brotó de mí ahora! ¡Mi última verdad… y también la de tu Museo maldito! ¡Voy a destruir tu obra de siglos! ¡Con toda mi pequeñez, soy capaz de hacerlo…! ¡Mira, Tao-Wang, o como quiera que realmente te llames en tu mundo! ¡Mira cómo destruyo tu obra perfecta y maravillosa, tu Museo entero, tu colección sin precedentes!…

Corrió desesperadamente hacia el centro de figurillas cristalinas. De súbito, extrajo algo en su mano. Un simple objeto vulgar, que había salido de sus ropas, con el que poco antes se habían tropezado sus dedos.

El único objeto capaz de destruir la obra de Tao— Wang. El error de este había sido dejárselo en el bolsillo, como algo inútil…

¡Era el vibrador magnético para la desintegración cristalina, que ya utilizara Kent en su allanamiento de la tienda de antigüedades!

—¡Nooo! —aulló la voz, rotunda y estremecedora— ¡No hagas eso! ¡Maldito, detente! ¡Detente y te concedo la vida a ti y a Jade Chang! ¡No puedes hacerlo…!

Pero era tarde. Y podía hacerlo.

Daniel Kent lo estaba haciendo ya…

El vibrador subía, subía de frecuencia, accionado por el joven detective, produciendo una terrible, constante vibración estremecedora. Una vibración que ascendía, que se intensificaba, que comenzaba a hacer temblar todo, con espasmódicos movimientos… que llegaba ya al límite de tolerancia vibratoria de

los cristalinos cuerpos petrificados...

¡Y de repente comenzó el caos en el mundo del Museo de figuras de cristal!

Capítulo X
CRISTAL



E empezó a agrietar el suelo bruñido, espejeante. Era como un movimiento sísmico, como un caos de Apocalipsis... Una estatua griega se desmoronó, convertida en fragmentos. Un Emperador romano se hizo añicos, un Faraón se redujo a polvo, se agrietó, resquebrajándose después totalmente, la figura de un Mandarín de una vieja Dinastía china...

Docenas, centenares de figuras sin igual, sin posible duplicidad, porque eran originales arrancados al pasado, se disolvían, bajo la terrible vibración del objeto de Daniel Kent...

Laura Hazard, Jade misma, pronto seguirían la suerte de las demás figurillas... El suelo se abría en horribles grietas, en simas que engullían las figuras ya medio partidas o mutiladas. Polvo de vidrio le rodeaba por doquier, en un caótico desastre de vidrios, cristales, porcelanas o lo que fuese aquella materia cristalina...

Un chillido atroz, espeluznante, llegó de alguna parte... Daniel Kent levantó su rostro, aterrado. Pero no soltó el vibrador.

Vio la mano enorme, enguantada, como la de un coloso, dirigiéndose hacia él, engarfiados los dedos para aterrarle, para destruirle... De entre la bruma azul, emergió ahora un rostro espantoso, apocalíptico... La faz inmensa de un viejo chino... ¡El rostro del «Mago Kiang», tal y como aparecía en las estatuillas de marfil!

Unos ojos malignos, amarillos, se clavaban en él, con sádica furia... Tao-Wang, o quienquiera que fuese el «extraño» de vida infinita, iba a destruirle, a aniquilarle, con el poder de su enorme tamaño, junto al cual Kent era solamente un pigmeo, cien veces menos poderoso que un insecto.

—Por eso que has hecho, Kent... ¡vas a morir! —aulló la voz desgarrada, furiosa...—. ¡Tienes que morir, maldito...! ¡Has destruido mi obra! ¡Mi obra de millones de años! ¡Mi colección...! ¡Has aniquilado el Museo del Espacio, la obra más grande de todos

los Tiempos!… ¡Debí destruirte antes, estuve loco para no ver el peligro que tu inteligencia representaba para mí! ¡Pero conmigo no puedes! ¡Has acabado con mi obra… y yo acabaré contigo… y con el ser a quién amas!

Su mano se deslizó, derribando las figurillas que aún se mantenían en pie, rebuscando sobre la gran superficie de cristal desgarrado, en busca de la huidiza, ágil figura de Daniel Kent, que corría, agazapándose entre fragmentos de cristal, para eludir la presión de muerte de la inmensa mano del viejo chino…

Golpeó con una figurilla caída, se abatió Kent sobre ella, maldiciendo su mala fortuna… Pero no soltó aún el vibrador, que continuaba emitiendo vibraciones de alta frecuencia, y aniquilando así la enorme masa de cristal de incalculable valor…

Contempló Kent con angustia la figurilla tendida a sus pies, aquella en que él golpeara, milagrosamente entera aún, sin una sola grieta en su aspecto vidrioso. ¡Era Jade!

—Dios mío, Jade… —susurró—. Dios es todo bondad… cuando nos une ahora, en el momento final… Te amo…

Depositó un beso en los labios fríos, cristalinos, yertos… Sin soltar el vibrador, se volvió hacia la mano inmensa, hacia el rostro pavoroso, cerca de él, cubriendo todo el espacio visible, como una maldita repetición de los viejos cuentos de Gulliver…

—Vencí, a pesar de todo, Tao-Wang —susurró, con sonrisa de victoria. Oprimió con mayor fuerza el botón del vibrador—. Adiós, «extraño»… Te derroté… porque nosotros… los seres humanos de la Tierra, las criaturas de Dios, somos las mejores… Seguimos siendo las mejores, aun por encima de superhombres como tú…

La vibración fue terrible, estremecedora, aun para un ser de carne y hueso como él. Creció hasta un grado insoportable, enloquecedor… La mano gigantesca llegó a él, se cerró sobre su cuerpo y el inmóvil de Jade…

Todo se hizo oscuridad, horror, las tinieblas eternas del infinito, de la Muerte…

Y luego, un grito atroz, ensordecedor, alucinante, lo conmovió todo…

* * *

Daniel Kent sacudió su aturdida cabeza. Miró a un lado, a otro…

—¿Se encuentra bien, muchacho?

No, eso no era posible… No poda haber sido un sueño… Clavó sus ojos atónitos, incrédulos, en el teniente Nash, en el médico

psiquiatra… Allí estaban, ante él. Nash sostenía los bambúes de la entrada. Al otro extremo… solo un muro de ladrillos cerrando todo paso. Y él en tierra, de bruces…

Miró bajo su cuerpo. Allí había algo. Algo más… Lanzó un grito.

—¡Jade! ¡Es Jade Chang! ¡En carne y hueso…!

—Claro que lo es —sonrió el policía, ayudándole a incorporarse —. Vamos, Kent, le ayudaré… Ha debido pasarlo mal. Está sudoroso, lívido, tiembla como un azogado… Eh, ¿qué es eso que empuña en sus dedos? ¿Un vibrador de cristal?

—Sí, teniente. Un objeto muy simple… —lo contempló con estupor—. Pero ha sido… ha sido mi mejor arma… Dios mío, sí que lo ha sido…

Miró en torno, aturdido aún. Jade era incorporada también. Ciertamente, no era ya la estatuilla diminuta. No había allí nada de nada… salvo una masa de polvo cristalino sobre el que ellos yacían… Y más allá, junto al muro de ladrillos… ¡Laura Hazard, inconsciente, pero también real, también humana!

—Lo logró, ¿eh, cabezota? —refunfuñó el policía—. Cuando mi hombre descubrió el truco de su apartamento, creyó llegar tarde. Corrió aquí… Y entonces oyó un grito horrible. Cargó contra la puerta, entró, avisándonos… Ustedes estaban desvanecidos todos… Y ese horrible cuerpo ahí…

Estaba señalando algo. Algo que Daniel Kent aún no había visto…

Un cuerpo de goma y de tela… flácido, tendido no lejos de Laura… con su mano extendida, con el vació guante crispado sobre el polvo de cristal, tal y como la enorme mano de Tao-Wang se abalanzó sobre él antes de aquello…

El viejo Tao-Wang, con su kimono de seda, su cara rugosa… más rugosa que nunca, puesto que una simple capucha de goma, con forma de cabeza y rostro humanos, formaba el final de su cuerpo… pero vacía al parecer.

—El granuja que raptó a las muchachas debió escapar —dijo Nash—. Estamos buscándole por todas partes. Aparecerá, no lo dude…

Kent no respondió. Había arrancado el guante, la capucha del viejo chino diabólico. Cayó polvillo azulado, cristalino… Sólo contenía un fino polvo de cristal…

Se incorporó. Entendía muchas, muchísimas cosas… El superhombre, el gran «extraño» llegado de distancias ignotas… no era más que eso: cristal. Él había sido siempre materia cristalina viva… De ahí su afán de crear mundos de cristal… La gran vibración

terminó también con él, en el momento supremo… Se desintegró, y al desaparecer su poder, todo volvió a la normalidad.

Miró a Jade, que se rehacía. Ella le sonrió débilmente, desde su pálida faz. Musitó ella, mientras Kent se aproximaba:

—Aquellas palabras… aquellas palabras que me dijiste… eran ciertas, ¿verdad?

—Sí, Jade —asintió Kent, rodeándola con sus brazos—. Y bien ciertas, querida. Te amo. Por ti lo hice todo… Por ti vencí…

—Y ellos nunca entenderán… —musitó la chinita, en voz baja—. No hará falta hablar… decir la verdad… porque no nos creerían…

—Es cierto, Jade. Nadie nos creería nunca. Supondrán que Laura y tú fuisteis secuestradas. Un triunfo oficial para mí… y nada más. La auténtica realidad, el horrible secreto… murió con el superhombre de cristal que era Tao-Wang… y con esta tienda de antigüedades, que espero ver destruida pronto… y para siempre.

—Sí, Kent…

—Lo que nunca entenderé… es cómo vosotras dos volvisteis a vuestra forma y materia original, al morir Tao-Wang, el invasor de otro planeta… Vosotras erais ya piezas de su Museo, simple cristal…

—No, Kent. Yo no podía hablar, no podía responderte… allí donde estaba. Pero el proceso de cristalización llevaba tiempo. Primero había un lapso de tiempo en el que nuestros cuerpos pasaban por un trance cataléptico, hasta irse petrificando lentamente. El proceso se quebró casi en su principio, al ser aniquilado Tao-Wang por ti, Daniel… y ahora todo ha pasado. Volvemos a nuestro mundo, a nuestra vida…

—Sin amenazas, sin peligros de otros mundos… —miró, estremecido, la pared de ladrillos—. Hemos vuelto de los átomos, del microcosmos de Tao-Wang y de sus horrores…

»Espero que los «crisaurios», sin su amo y señor, perecerán, ocultos como alimañas. Jade, creo que ahora Nublo Hazard me pagará mis honorarios con sobrada alegría… y empezaremos a vivir tú y yo… una existencia feliz. De olvido, de cariño… si tú me amas como yo te amé a ti nada más verte…

—¿Sabes una cosa, Daniel? —sonrió la chinita—. Creo que ocurrió algo raro con nosotros dos. Una de esas cosas inexplicables… Me gustaste nada más verte. Y empecé a quererte cuando saliste de la tienda…

—Cielos —se inclinó y besó a la muchacha—. Es por lo único que recordaré siempre con cierta simpatía a esta tienda de antigüedades. Encontré en ella el producto exótico más hermoso y maravilloso de todos…

Se besaron. El teniente Nash y el médico psiquiatra se miraron con una sonrisa.

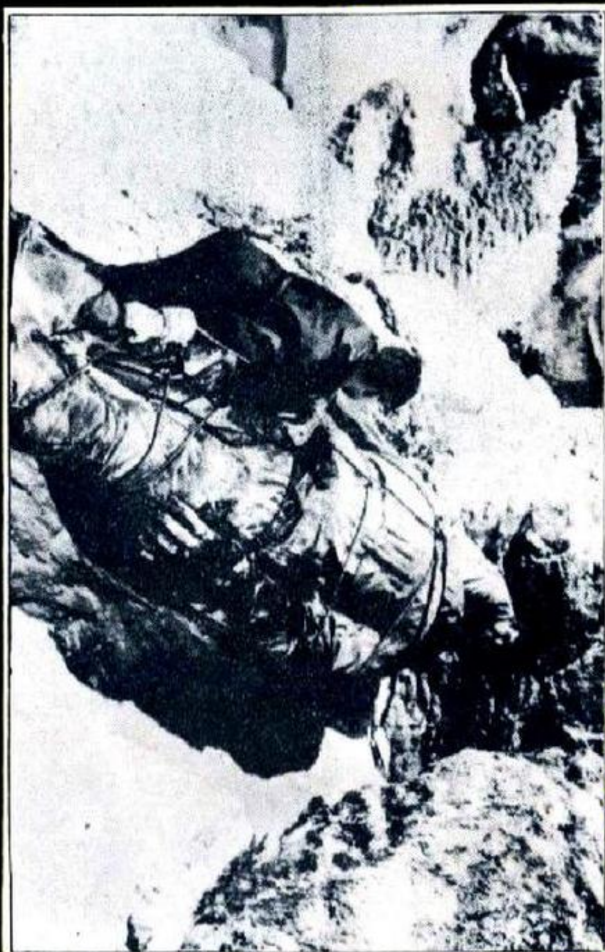
—Perfecta normalidad en el paciente —dijo con ironía el doctor —. Vamos, inspector. Hay que dejar que Kent obtenga el premio a su obstinación y valor...

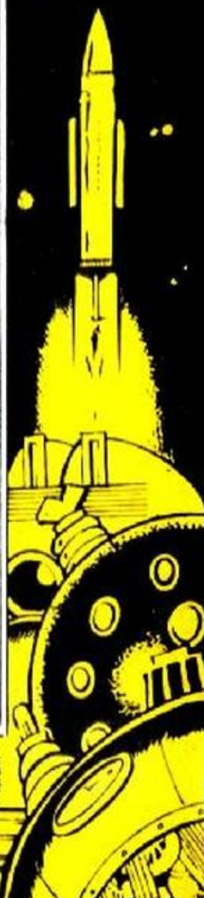
El policía no tuvo nada que objetar. Salieron con Laura Hazard entre ellos.

Se quedaron solos Kent y Jade. Los únicos que sabrían siempre lo que sucedió. Laura acaso también. Y ninguno hablaría. Porque sabían que nadie les creería.

El mundo seguiría ignorando la más asombrosa historia de todos los tiempos. Era mejor así...

F I N





Esceno de la película THE ABOMINABLE SNOWMAN
(20th Century Fox)

Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 12 pesos.